BOLSILIBROS BRUGUERA

Selección

TERROR

LA SANGRE EXIGE UN PRECIO

RALPH BARBY



st
SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

238 — Los niños del cementerio, *Curtis Garland*.
239 — El monasterio perdido, *Ralph Barby*.
240 — Diabólicamente tuya, tía Louise, *Kelltom McIntire*.
241 — Anoche salí de la tumba, *Curtis Garland*.
242 — El cielo lloraba sangre, *Silver Kane*.

RALPH BARBY

LA SANGRE EXIGE UN PRECIO

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 243
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 29.956 - 1977
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: octubre, 1977

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1977

CAPITULO PRIMERO

Fatigado, Denis Rasoir había detenido y volcado su motocicleta de cross CZ, de fabricación checa, sobre el esponjoso césped de aquel bosque desconocido para él. Se quitó el casco y zarandeó sus cabellos; suspiró con fuerza.

Tenía sed y hambre, pero más que la sed y el hambre, le invadía el cansancio. Había rodado un largo trecho, dos horas de moto cross por caminos de herradura que no conocía y no siempre había encontrado hierba. Piedras, bosques intrincados, riachuelos, zonas fangosas, todo lo había ido rebasando con su potente y bien equipada máquina.

Notaba sus muñecas como endurecidas y con hormigueo. Se quitó los guantes y movió sus dedos independientemente para ejercitarlos y desentumecerlos. Sí, estaba muy cansado. Miró en derredor; se hallaba en un lugar solitario, no veía a nadie y nadie le podía ver a él salvo que ese hipotético alguien estuviera provisto de unos prismáticos.

Sacó de su cazadora de cuero un paquete de cigarrillos y se colocó uno entre los labios. Le prendió fuego con su encendedor de aluminio, un encendedor de gas de los que se compran con carga incluida, se consumen y se tiran, un encendedor que no valdría más de diez francos.

Aspiró el humo del cigarrillo de tabaco negro turco. Le gustaba que fuera turco, pero no exageradamente refinado, sino el turco que se podía comprar en los muelles de Estambul.

Se tumbó sobre la hierba y miró al cielo que no era claramente azul. Tenía como un velo grisáceo que le restaba colorido; sin embargo, el sol era suficiente como para marcar bien las sombras.

Fumó pensando en su próxima carrera; si ganaba, sería una excelente promoción para el carburador de su invención.

Los industriales fabricantes le habían prometido que si obtenía el triunfo en el gran premio de moto cross Le France, demostrando así que con su carburador se conseguía más potencia para la CZ que superaba obstáculos que para otras motes resultaban problemáticos, iniciarían la fabricación de su invento que va estaba patentado y que tenía medalla de oro de la Exposición de Inventores de Bruselas.

Denis Rasoir sabía que si su invento se fabricaba en cadena, se vendería bien. Varias marcas de motes lo aceptarían y eso le proporcionaría saneados beneficios.

Denis Rasoir era un joven ingeniero de elevada estatura, cabello rubio grueso, lacio y muy abundante. Vestía blue jeans y cazadora de cuero negro. Frecuentaba el mundo juvenil al que pertenecía, pero tenía la cabeza firme sobre su tronco. Sabía lo que quería y trabajaba para ello a su manera, con libertad, sin sujetarse a horarios de oficina o despachos de ingenieros. Le habían ofrecido varios puestos por su condición de ingeniero, pero como ayudante de otros ingenieros más maduros e importantes, ya reconocidos por

la sociedad.

Le habían dicho que colocándose a su sombra y haciendo el trabajo pesado que ellos eludían pero que era preciso realizar, podría hacerse un hombre y llegar lejos; mas Dany Rasoir había escogido el camino de ir con su cara descubierta por delante, sin buscar la sombra de nadie.

Si las cosas se le ponían difíciles, se apretaba el cinturón. Tampoco era ningún burgués y ganaba sus francos probando máquinas y participando en carreras mientras efectuaba sus propias experimentaciones e invenciones para ir mejorando las motocicletas que eran su especialidad, pues sabía que lo que triunfaba en las máquinas de carreras luego era adaptado por las máquinas de serie.

Terminó el cigarrillo. Casi soñó con una botella de cerveza negra y un bocadillo triple bikini; más cerca no había quien pudiera preparárselo y se amodorró, el cansancio le vencía.

Ignoraba si había dormido mucho o poco, pero se despertó al oír gritos femeninos. Sí, eran gritos femeninos, no le cabía duda alguna. Expulsó el aire de sus pulmones y quedó quieto, sin respirar, para asegurarse de que no eran falsas sensaciones auditivas.

No, no se había equivocado, eran gritos femeninos...

Se incorporó sentándose sobre la hierba primero y poniéndose luego en pie. Buscó con la mirada y lejos, como a doscientos metros, vio un grupo de personas alrededor de un árbol. Denis Rasoir parpadeó para que la vista no le jugara una mala pasada. Acababa de despertarse y quería asegurarse de que veía bien.

—Por todos los infiernos... ¿Qué es eso?

Pudo ver que cinco o seis personas se hallaban en torno a un árbol al que habían atado a alguien cuyo rostro no se podía ver porque estaba de espaldas. Aquel personaje, que por el cabello y los gritos era fácil deducir que se trataba de una mujer, estaba siendo azotada y quienes la flagelaban habían cubierto sus cabezas con capuchones blancos.

—¡Maldita sea su estampa!

Tomó la moto, le dio al pedal y la puso en marcha saltando sobre el asiento. Produciendo un gran estruendo, se lanzó con su potente máquina de trial montaña abajo.

El ruido debió ser infernal, porque los flagelantes volvieron sus cabezas hacia él. Se quedaron quietos, hablaron algo entre sí y luego se alejaron corriendo.

Denis Rasoir llegó a la altura de la víctima sujeta de cara al tronco del árbol. Era una muchacha cuyo rostro no había visto pero que tenía toda la espalda desnuda, pues le habían quitado la camisa y la habían dejado sólo con los pantalones puestos.

Denis Rasoir pasó de largo, yendo en persecución de los encapuchados fugitivos hasta que alcanzó a uno de ellos que corría más torpón, quizá por estar sobrecargado de carne.

Al llegar a su altura, mientras los demás huían dispersándose, Denis Rasoir le cogió por el brazo y le hizo caer sobre la hierba. Detuvo la moto, saltó al suele dejando que la máquina cayera sobre el pasto y se abalanzó sobre el encapuchado, desenmascarándole.

—Vaya, otra chica —gruñó al verle el rostro el abundante cabello pelirrojo.

Era una muchacha que tendía a ser gorda y parecía muy excitada; jadeaba por el esfuerzo de la fuga.

—Estúpido, ¿por qué te entrometes?

—¿Qué le hacíais?

—¡Estúpido, es una bruja, una bruja! —acusó con voz chillona.

Se puso en pie y reanudó la fuga sin que esta vez Denis Rasoir fuera tras ella; era sólo una chica al borde de la histeria.

Denis expulsó el aire por sus ventanillas nasales. Tenía deseos de ir tras ella y darle unas cuantas bofetadas, mas no lo hizo.

Recuperó su máquina y retrocedió hasta el árbol donde estaba la chica que fuera flagelada.

No se veía ninguna herida en su espalda; no habían utilizado látigos para torturarla sino toallas cortas colocadas a lo largo y en cuyos extremos habían hecho nudos. Luego, las habían empapado de agua.

Con estos nudos de toalla mojados, la habían golpeado de tal forma que no dejaban huellas pero sí hacían daño, que era en realidad lo que se proponían.

—¿Estás bien? —preguntó Denis tocándole la espalda de piel fina y sedosa.

La joven contuvo el aliento, signo evidente de que sí estaba muy dolorida. Era posible que a las pocas horas aparecieran moretones en las zonas castigadas por aquellos improvisados pero malignos látigos que eran los pedazos de toalla humedecidos para darles peso pero que no causaban heridas visibles.

Las muñecas habían sido atadas al tronco del árbol con cinta de seda color negro que tampoco dejaba marca- perdurables.

Les nudos estaban tan prietos que no se podían deshacer. Denis Rasoir sacó su cortaplumas y con el afilado acero cortó las cintas de seda que se habían convertido en duras ligaduras.

La chica, de cara al tronco del árbol, se escurrió por la madera hasta quedar arrodillada y entonces, comenzó a sollozar con violencia.

Denis se sintió preocupado; la situación era nueva y difícil para él. No podía acariciar la espalda de la chica porque sabía que a ésta le dolía. Vio la camisa tirada en el suelo junto a los látigos de toalla que las encapuchadas habían abandonado en su huida.

Recogió la prenda y la colocó con suavidad sobre la espalda desnuda de la joven. Le acarició la cabeza de la que nacía el largo cabello lacio y dorado. La muchacha, con los ojos llenos de lágrimas, se volvió hacia él por primera vez.

—Gra-gra-gracias —dijo, temblándole los labios.

Denis Rasoir la miró a los ojos pese a que tenía muy cerca los pechos turgentes y altos, de gran media luna con aréolas de intenso color cereza, unos senos que proclamaban vitalidad.

—¿Por te han hecho esto? —preguntó mirándola a los ojos verde esmeralda, maravillosamente brillantes, más aún en aquellos momentos que estaban llenos de lágrimas.

—No importa. Gracias por venir en mi ayuda.

Se colocó la camisa sin falsos pudores, sin prisas por ocultar sus turgencias femeninas. Se abrochó los botones bajo la mirada de Denis que estaba sólo a un paso de ella.

Podía olfatear incluso su olor a tabaco negro turco, a aceite y gasolina de su moto de trial.

—Una de ellas, una gorda pelirroja, dice que eres una bruja.

—¿Una bruja?

Se secó los ojos con el dorso de la mano. Denis sacó un pañuelo y él mismo le enjugó las lágrimas.

—¿Las conoces?

—Son compañeras del internado.

—¿Internado, todas de un colegio para señoritas?

—Sí —asintió ella, uniendo a la palabra un movimiento afirmativo de cabeza.

—Ya, como eres tan bonita no les caes bien, por eso la gorda pelirroja te ha golpeado.

—Es Suzanne.

—¿Suzanne? Si conoces su nombre la puedes denunciar a la gendarmería, yo seré tu testigo, la he visto.

—¿Denunciar a la gendarmería? —repitió asustada—. No, no hace falta.

—¿Por qué no? Te han golpeado v si no llego a aparecer yo, te matan con esas toallas mojadas. ¿Sabes que te podían haber roto el hígado, el bazo, los riñones y otras cosas? Con esas toallas húmedas se puede reventar a una persona por dentro aunque exteriormente sólo aparezcan unos moretones que a los pocos días desaparecen.

—No creo que quisieran llegar a tanto.

—¿No? Pues parecían muy animadas golpeándote. Se sabe como empieza pero nunca como acaba. ¿Eran todo chicas?

—Sí, creo que sí. No les he visto la cara aunque por las voces...

—¿Sabrías cuáles son del internado?

—Todas no, pero algunas sí.

—Si no las denuncias a la gendarmería, puedes denunciarlas a la dirección del internado en que estáis.

—No, dentro de poco acaba el curso y regresamos a casa, prefiero que todo termine sin problemas.

—Yo no opino lo mismo. ¿Cómo te llamas?

—No importa.

Trató de levantarse para marchar, pero Denis la sujetó por los brazos con suavidad y firmeza a la vez.

—¿No quieres decirme tu nombre?

—Perdona, tienes razón, te puedo parecer una desagradecida. Me llamo Etoile Lignée.

—Y yo, Denis Rasoir, Denis es más cómodo. Te puedo llevar con mi moto al internado.

—Es que no quiero.

—No seas tonta. A lo peor, esas histéricas te están esperando para atizarte de nuevo.

Etoile hipó, conteniendo un fuerte sollozo. Trataba de dominarse, lo que no era fácil, ya que estaba dolorida por los golpes recibidos en la humillante situación en que la habían colocado.

—Regresarán al internado y no dirán nada.

—¿Y tú?

—Tampoco.

—Las conoces, ¿verdad? Me refiero aparte de saber que pertenecen al internado.

—Conozco a alguna, no podría decir que a todas, pero da lo mismo.

—Me gustaría ofrecerte algo para beber pero no tengo nada. ¿Te hace un cigarrillo? Creo que es mejor que te repongas un poco antes de regresar. Si no quieres decir nada, recobra antes el estado de ánimo. Si llegas tal como estás, las profesoras te van a hacer muchas preguntas.

—Sí, dame un cigarrillo.

Denis Rasoir sacó un cigarrillo; lo encendió en su propia boca, aspiró hondo y luego lo pasó a los labios femeninos, unos labios húmedos y llenos de color como sus pezones.

El hombre respetó un poco el silencio de la joven que se recuperaba, aunque sus maravillosos ojos verde esmeralda aparecían húmedos, algo irritados por el llanto.

El cielo seguía de un color gris claro algo azulado, una tarde ligeramente neblinosa en la que el sol no había podido vencer a !a leve capa de nubes que cubría el cielo.

En el suelo, la hierba era abundante, había árboles pero no en demasía y cerca no se veía ninguna edificación. Estaban completamente solos en mitad de la campiña, pero a ninguno de los dos parecía importarle demasiado.

Etoile le lanzó una mirada de reojo, corta y rápida; luego, volvió a concentrar sus pupilas en la hierba mientras fumaba el tabaco fuerte y negro del hombre.

—¿Las muchachas siempre tenéis diversiones tan estúpidas y sádicas? Había oído contar muchas cosas de las muchachas de internados, pero pensaba que eran fantasías, nada más.

—Pues no lo son; piensa todo lo que se te ocurra y seguro que habrá más.

—¿Más?

—Sí, no hay amistad general. Sí la hay en pequeños grupos, parejas, pero tampoco te puedes fiar.

—¿Y tú tienes amigas?

—No.

—¿Por qué?

—No sé —se encogió de hombros con aire indiferente. Miró el cigarrillo y opinó—: Es fuerte.

—Si te molesta...

—No, no. —Sonrió forzadamente—, ¿Sabes que se fuma hachís?

—¿En el internado?

—Sí.

—¿Lo saben las profesoras?

—Supongo que lo huelen y no me extrañaría que ellas también lo fumaran. El espíritu de camaradería es una hipocresía; tengo ganas de que pasen las pocas semanas que quedan y salir para siempre del internado.

—¿Habrás terminado tus estudios?

—Sí, no pienso ir a la universidad.

—¿Por qué?

—No sé, creo que no me hace falta.

—¿Familia rica?

—Puede, digamos que no nos falta nada. Saldré del internado y volveré a mi casa, a la mansión de los Lignée v después, a vegetar hasta que me casen con alguien importante, si es que ese «alguien» aparece por alguna parte.

—¿Y te dejarás manejar de esa forma? —preguntó sorprendido.

Ella le miró ahora abiertamente, hasta le tiró un poco de humo al rostro, desafiante.

—Tú eres de París, ¿verdad?

—Sí.

—Pues andas un poco lejos de tu ciudad, ¿no crees?

—Sí, pero eso no importa; en ocasiones, me alejo de París tres o cuatro días, con esta máquina llego muy lejos. —Señaló la moto que aparecía tumbada en el suelo, como aguardando.

—¿No te espera nadie en París?

—Si te refieres a si vivo solo o en familia, te diré que solo; soy independiente en todos los sentidos.

—¿No te espera ninguna chica? —preguntó vacilante.

—Tanto como esperarme... En fin, no soy ningún angelito ni pretendo serlo. Voy a algunos lugares donde tengo amigos y amigas, pero nada especial.

—¿Qué haces, estudias?

—No, no estudio, ya tengo mi carrera hecha.

—¿Carrera, te refieres a la moto?

—No —sonrió Denis—. Soy ingeniero industrial.

—Uah, no lo pareces, de verdad.

—Ya, siempre se imagina uno a un ingeniero como un tipo bien trajeado y llegando a las fábricas donde hay un conserje que le abre las puertas para que él no tenga que molestarse.

—Algo así, pero veo que estoy equivocada.

—Tú eres la que haces preguntas y debería ser al contrario. ¿De dónde has dicho que eres?

—De Ville Angelic.

—Eso está por la costa de Bretaña, ¿no?

—Sí. Cuando hace buen tiempo, se puede bañar uno. Pasan muchos barcos cerca de la villa, pero en invierno el mar ruge como si quisiera devorarnos a todos.

Denis la miró de cerca; ella, consciente de que era observada, se arregló el cabello sin devolverle la mirada.

—¿Por qué te acusan de bruja?

—Porque Suzanne, Amelie y Cybele lo dicen.

—¿Así de simple?

Ella afirmó con la cabeza; sonreía, aunque las huellas del llanto aún no se habían borrado de sus mejillas, de sus ojos.

—¿Tú crees en brujas, Denis?

—¿Yo?

—Sí; parece que te acabe de preguntar algo extraordinario,

—Es que es extraordinario. Claro que no creo en las brujas.

—Cosas del medievo, ¿verdad?

—Sí.

—Pues dicen que las hay, claro que eso es difícil que lo crea un joven que vive en el gran París. Eso queda para provincianas como yo o mis compañeras de internado.

—No vayas a creer, en París hay mucha gente que practica la brujería y el espiritismo. Se reúnen a hacer idioteces porque se deben aburrir en su vida normal.

—¿Qué dirías si te contara que en Ville Angelic sí creen en las brujas y en sus poderes demoníacos?

—No me sorprendería, pero preferiría que dejaran de creer en esas insensateces, ¿Tú también crees en esas cosas?

—¿Yo? —preguntó ella con expresión sorprendida.

Se tumbó hacia atrás y quedó tendida en la hierba boca arriba. Apartó de sus labios el cigarrillo, ya casi consumido, y lo arrojó lejos,

—¿No vas a abusar de mí?

Denis Rasoir parpadeó, sinceramente sorprendido por la pregunta con que la muchacha había eludido la respuesta que se le pedía.

—¿Por qué tendría que abusar?

—Dicen que todos los hombres, cuando tienen una mujer a su alcance, especialmente si es joven y no hay nadie alrededor, abusan, la violan.

—Vamos, vamos, en ese internado os deben calentar mucho la cabeza.

—¿Soy bonita?

—¿Tengo que contestar? —preguntó él sentado junto a ella que continuaba tendida de espaldas en la hierba.

—Sé que soy joven, pero bonita...

—¿No te lo han dicho otros hombres?

—No.

—¿Eres sincera?

—Sí.

—Pues es muy extraño porque eres realmente bonita. ¿No hay hombres de verdad en Ville Angelic?

—Bésame, Denis, bésame.

El hombre se inclinó. Pasó un brazo por el otro lado del cuerpo femenino para sostener en el aire, sin dejarse caer sobre ella. Aproximó su rostro al de Etoile y preguntó:

—¿No te han besado nunca?

—La verdad es que no. En el internado, algunas chicas, cuando se saben a solas, se besan entre ellas, dicen que es para hacer prácticas; yo no creo que sean lesbianas.

Denis se inclinó más sobre ella. Notó los punzantes senos, altivos y erguidos, y la besó en la boca.

Encontró los labios de ella casi febriles. Los separó con la punta de la lengua y acarició los dientes pidiéndole que los abriera. Etoile cedió despacio, con miedo, y Denis continuó sus caricias.

Abrió los ojos y encontró frente a los suyos las pupilas verde esmeralda de la mujer que ahora tenían una fuerza intensa, su mirada se había transfigurado. De pronto, cerró los dientes.

Denis Rasoir sintió un profundo dolor en su lengua, un dolor que le hizo brincar hacia atrás.

Se llevó la mano a la boca y se la mojó en sangre. Etoile giró sobre sí misma, se reincorporó y sin decir nada, echó a correr tras propinar aquel brutal mordisco al joven que la había salvado de ser golpeada salvajemente.

Denis quedó desconcertado, con la mano en la boca.

Notó que la lengua se le hinchaba y el sabor dulzón de la sangre le enfureció mientras ella se alejaba corriendo.

Denis cogió su moto de trial y la puso en marcha. Montó en ella y salió rodando tras la fugitiva cuya cabellera rubia flotaba al viento en su desesperada carrera.

La máquina rugía mientras las ruedas saltaban a consecuencia de los desniveles del terreno.

Al oír el ruido de la máquina acosándola, Etoile volvía la cabeza y aceleraba su huida. Corría jadeante, buscando aire para sus pulmones mientras sus pechos grandes, fuertes y jóvenes, se movían de un lado a otro bajo la camisa al no llevar sujetador que los contuviera con firmeza.

Denis Rasoir, con el intenso dolor en su boca, perseguía a la muchacha.

Daba gas con fuerza para asustarla un poco, pero llevaba una marcha corta, sólo la primera. En realidad, no quería alcanzarla, sólo la empujaba con su acoso.

Si veía que se acercaba demasiado a la chica que continuaba corriendo delante de él, apretaba el freno para reducir velocidad. De esta forma, llegaron ante un muro de piedra, alto y oscuro, recubierto de hiedra.

Etoile Lignée cruzó una puertecita y se apresuró a cerrarla dejando a Denis fuera. Este detuvo la máquina, pero no paró el motor. Ante la puerta rodeada de abundante hiedra de hojas brillantes y de color verde oscuro, Denis volvió a pasarse la mano por la boca. Notó que la sangre le había manchado las comisuras de los labios y el mentón. Imaginó que tendría un aspecto muy poco recomendable.

Sacó su pañuelo, se secó la sangre y aspiró hondo. Dio la vuelta a la rueda y se alejó a todo gas del extraño internado.

Denis Rasoir había olvidado que un rato antes tenía hambre y sed; ahora sólo sabía que le dolía la lengua y que había visto los ojos verdes más enigmáticos de su vida.

CAPITULO II

La bandera ajedrezada había dado la orden de salida a las máquinas de moto cross brincaron hacia delante. Eran verdaderos caballos salvajes de acero y gasolina por sangre.

Los pilotos se habían cerrado cuidadosamente los trajes de cuero ceñidos a sus respectivos cuerpos. Llevaban todo el rostro protegido, casco, gafas y un barboquejo con acero y cuero que les protegía el mentón.

Las manos enguantadas no perdían sensibilidad y las botas herradas con acero para ayudar a empujar o a frenar si se hacía necesario en los momentos difíciles del circuito, subidas tan empinadas que treparlas ya era dificultoso para muchas personas.

En ellas se probaba toda la fuerza del motor de las máquinas en competición; luego, se lanzaban al vacío pendiente abajo en medio de socavones que trataban de sortear. Las ruedas giraban en el aire bajo un cielo grisáceo que amenazaba lluvia, una lluvia semejante a la que había caído el día anterior y que enfangaba el circuito de competición.

Un piloto a otro le lanzaba el barro a la cara. Pasaba sobre los fangales y proseguía si no quedaba atrapado en medio del barro y tenía que salir empujando la moto.

En la primera vuelta, tres de los pilotos quedaron fuera de combate. Sus máquinas se retorcieron en las caídas, mas sólo uno de ellos tuvo que ser sacado en parihuelas del circuito y metido en una ambulancia mientras el público, bastante numeroso pese al día que no acompañaba a !a brillantez de la carrera, jaleaba a sus pilotos preferidos.

Denis Rasoir, de salida, no había sido uno de los favoritos; había reservado parte de la potencia de su CZ para los momentos decisivos. No había querido demostrar ante sus adversarios lo que podía conseguir en las pruebas anteriores a la carrera. Mas ahora sí estaba sacando la potencia del motor gracias al carburador inventado por él mismo y construido por las manos hábiles de su mecánico Maurice.

En la primera marcha, para rebasar los tramos más difíciles del circuito, sacaba la potencia máxima del especial carburador que pulverizaba el combustible y la marcha primera adquiría toda la fuerza aprovechable teóricamente, lo que no sucedía en las otras máquinas. Después, en las bajadas y tramos rectos, no había demasiada diferencia.

La lucha era dura. Denis veía pasar rostros, gente, barro y máquinas. Unas caían, otras seguían y las motos rugían saliendo de los barrizales. Primera, segunda, tercera... Cambiaba las marchas, luego punto muerto y vuelta a empezar.

Los engranajes saltaban y el fango salpicaba sus cuerpos.

La bota de caña, con un interminable cordón de cuero y hebillas sujetándole y protegiéndole la pierna, se llenaba de barro.

En uno de los lugares, cada vez que pasaba, su pie se hundía cinco dedos por encima del tobillo en el barro.

La gente chillaba pese a que las motos ensuciaban al mismísimo público. En aquel punto, parecía que las máquinas no iban a poder continuar.

Cada vez que rebasaba la línea de meta, pese al fango pegado a los cristales de sus gafas, veía a Maurice que con un cartón le indicaba las vueltas que faltaban.

Denis Rasoir tenía toda la tensión de la competición; sin embargo, cuando entre el público descubría una cabellera rubia, larga y lacia, su corazón semejaba querer saltar entre las costillas hacia afuera.

Brincaba como la moto ante los obstáculos y entonces, daba más y más gas al motor de la CZ que semejaba volar.

Al fin, la carrera concluyó.

Ante él bajó la bandera ajedrezada y poco después se veía rodeado de gente que le aplaudía, que le decía cosas que no entendía. Todo era un fuerte rumor para Denis Rasoir.

Subió al pódium de los vencedores y le colocaron la corona de laurel al cuello. Una chica alta y pecosa, de senos aplastados, le dio un beso y varias máquinas de fotografiar y filmar impresionaron en película el momento.

—¡Eh, Rasoir! —le interpelaron unos hombres de negocios a los que ya conocía.

—Hola, ¿qué tal? ¿Les ha parecido bien?

—Sí. Sabíamos que tu invento funcionaba, pero había que probarle en competición; no basta demostrarlo en los talleres.

Abrieron un portafolios y allí mismo, al aire libre, le tendieron una estilográfica de oro y unos contratos para firmar.

—Tendrás que admitir en las entrevistas que has ganado la carrera gracias al carburador tipo spray.

Denis Rasoir se encontró con un cheque por un valor de quince mil francos como adelanto por los derechos de fabricación de su carburador.

Lo celebró en una taberna con varios de sus adversarios que aceptaron bien su victoria. Corrió el whisky y la cerveza, había alegría en aquellos hombres jóvenes que montaban las maquinas de moto cross como si éstas fueran auténticos caballos salvajes.

—¡Eh, Maurice!

Denis zarandeó a su amigo que estaba volcado sobre la mesa de gruesa madera que ya había absorbido cerveza durante lustros y lustros de celebraciones en aquella vetusta taberna.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Has bebido mucho, Maurice.

—Un poquito, sí, pero hemos ganado...

—Claro que sí, Maurice, hemos ganado, pero tenernos que ir a dormir.

Maurice era más bien bajo. Llevaba una barba rizada y una gran melena a la moda afro.

Maurice estudiaba pero iba muy lento, pues solía repetir curso. Recibía una módica pensión familiar que le pasaba su padre que tenía unas granjas lecheras en Brive. El padre se había dado cuenta de que su hijo segundo no iba a ser un buen granjero y aceptaba costearle unos estudios que se hacían eternos. En realidad, lo que le gustaba a Maurice era la mecánica. Tenía una gran habilidad para ella; sin embargo, no se contrataba con ninguna empresa.

Había rodado por Marsella y París y se sentía satisfecho de haber encontrado a Denis Rasoir con el que había formado equipo. Juntos estudiaban piezas nuevas y en una fundición artesana les hacían las aleaciones que ellos exigían. Después, en diferentes talleres, pagando por horas el derecho de uso de las máquinas, mecanizaban las piezas, muchas de las cuales fracasaban hasta conseguir algo que sí servía.

—Denis, Denis, ¿cuándo será la próxima carrera?

—No pienses en ella, Maurice, tenemos algún tiempo para nosotros. Trabajaremos en la nueva caja de cambios más resistente, que no falle.

—Sí, Denis, una nueva caja de cambios que no falle.

Denis Rasoir se cargó a su amigo sobre los hombros y lo llevó a la habitación para que descansara. Aquella noche, Denis, tendido boca arriba en su litera y mientras Maurice roncaba ruidosamente, con la ventana abierta para que entrara el fresco de la noche, fumó varios cigarrillos pensando en aquella extraña muchacha de un internado que había sido atada a un árbol y golpeada con sadismo por sus compañeras de estudio encapuchadas.

No había hablado con nadie de aquello, ni a las amigas del grupo con que solía ir. Cuando le habían preguntado qué le había pasado en la boca que apenas hablaba, Denis recordaba que aquella chica llamada Etoile había estado a punto de cortarle un pedazo de lengua de un mordisco y no sabía por qué.

Vio su rostro en la oscuridad, enmarcado en la ventana; vio su cabello rubio y lacio, sus fulgurantes ojos verdes...

«¿Será una bruja de verdad?»

—Eh, ¿qué pasa? —rezongó Maurice.

—Anda, continúa durmiendo.

—Sí... —Y siguió roncando.

Dos días más tarde, Denis Rasoir sujetaba la máquina de trial a la plataforma remolque que tenía enganchado a su automóvil, asegurándose de que la moto no caería durante el viaje. La cubrió con plástico; la CZ estaba limpia y engrasada, flamante.

Maurice arribó con su furgoneta «Commander» dando un brusco frenazo y tocando el claxon. Saltó del vehículo riéndose.

—Eh, Denis, ¿listos para marchar?

—Sí. —Denis miró hacia la cabina de la furgoneta y al descubrir dos rostros femeninos, preguntó—: ¿Adónde las llevas?

—Vienen con nosotros.

—¿Con nosotros, estás loco, Maurice?

—¿Loco? No, no creas. Son chicas sin problemas. Reciben un cheque regularmente de su país, son noruegas, ¿sabes? Y gemelas.

Silbó llamando la atención de las muchachas que salieron de la cabina.

Denis pudo comprobar que, efectivamente, eran iguales. Altas, algo desgarbadas pero atractivas, más por sus largas cabelleras que por las turgencias femeninas.

—No hablarás en serio de llevarlas con nosotros, ¿verdad?

—Pues sí. Ellas están aprendiendo francés in situ. ¿Comprendes, verdad, Denis?

—No soy tan idiota; ellas aprenden francés contigo en la cama. ¿Y te las llevas a las dos a la vez?

—Bueno —vaciló—, no te voy a engañar a ti, que eres mi mejor amigo y me conoces bien...

—Ya, una semana con una y otra semana con la otra.

Maurice se volvió hacia ellas.

—Lovia, Helga, éste es mi amigo Denis, está un poco chiflado pero es buen chico... —Se encaró de nuevo con

Denis al cual sonreían las dos muchachas—. No te puntualizo cuál es una y cuál otra porque a veces ni yo mismo lo sé y ellas no se enfadan si las confundo.

—Pues vas a dejarlas aquí.

—¿Dejar? Vamos, Denis, no seas idiota, que no te van a costar ni un franco extra.

—Pero cuando estemos trabajando, ¿qué harán? He contratado a un fundidor artesano que nos hará piezas que luego tú y yo puliremos para nuestros trabajos.

—Por ellas no te preocupes, se pondrán a oír música o se compran unas bicicletas para ir por ahí. Déjalas, son como pajaritos y saben cuidarse. Por cierto, ¿adónde vamos?

Denis expulsó el aire de sus pulmones despacio, con resignación, sin querer darse cuenta de que las dos noruegas !o observaban con mucho interés. Su elevada estatura, su aspecto fuerte y deportivo, su rostro joven y duro a la vez, parecía atraerles.

Maurice era todo lo contrario, pero también les gustaba; al parecer, aquellas chicas no hacían asquitos a nada.

—A Ville Angelic.

—¿Ville Angelic, y dónde cae eso?

—Primera cuadra a la izquierda, luego tuerces a la derecha y te paras en el semáforo...

—No me enrolles. De verdad, ¿dónde cae eso? No estará tan lejos como para que este par de golondrinas no puedan recibir su cheque de la familia, ¿verdad? Tú eres un tipo muy raro y lo mismo me llevas a la Isla del Diablo.

—Ville Angelic es un pueblecito que da a la costa Atlántica, en Bretaña. ¿Te parece bien?

—¿Y por qué ir tan lejos para encontrar a un fundidor artesano, no podías buscarlo más cerca?

—Allí estaremos bien, ya lo verás.

—Oye, Denis, ¿no te llevas nada raro entre ceja y ceja?

—A lo peor, sí. Anda, coge tu furgoneta, cárgala de carburante y en marcha. Tenemos muchos kilómetros por delante.

—Bueno, compraremos pan por el camino y echaremos miguitas por la carretera para luego poder regresar a París. Eh, niñas, nos vamos lejos, muy lejos de París... —les dijo a las dos noruegas que eran más altas que el propio Maurice.

—¿Adónde vamos?

—Ya habéis oído a Denis, nos vamos a Ville Angelic. Es un lugar fantástico, ya sabéis, Brigitte Bardot, Johnny Halliday, mucha agua, fenomenal, ya veréis...

—Háblales mejor, imbécil, así no aprenderán nunca.

Denis se dirigió a su coche y las dos noruegas le siguieron.

—¡Eh!, ¿adónde vais? —gritó Maurice viendo que las dos chicas se instalaban en e! «Citroën» CX Prestige de Denis.

—Vamos con él, ya nos veremos en Vi lie Angelic —dijeron, ellas dejando a Maurice enfadado golpeándose la palma de la mano izquierda con el puño derecho.

Mas, viendo que el «Citroën» se ponía en marcha, se apresuró a subir a su furgoneta en la que llevaba la moto detrás en el remolque.

Las dos chicas parlotearon un rato entre ellas, Denis supuso que en noruego. Luego, se acomodaron mejor en el asiento y cerraron los ojos para dormir un poco ya que el viaje se hacía largo.

Denis reconocía que las dos chicas no estaban nada mal, pero en su mente sólo había un rostro de mujer, el de Etoile, un rostro enigmático, a veces temeroso, otras ardiente y otras casi maligno.

Aquella muchacha tenía algo especial, muy especial. Era una joven extraña y torturada a la vez. Denis no estaba muy seguro de por qué había escogido Ville Angelic. Etoile le había mordido en la lengua de una forma feroz e incomprensible. ¿Por qué lo habría hecho? Denis se lo había preguntado infinidad de veces sin hallar una respuesta lógica, a menos que Etoile estuviera loca o de veras fuera una bruja corno habían asegurado sus compañeras de internado. Denis no creía en brujas, pero...

CAPITULO III

La mansión de los Lignée se hallaba situada al norte de Ville Angelic y por encima de sus tejas rugía el viento que luego azotaba el pueblo costero de la Bretaña francesa. Por eso, cuando el tiempo era malo, borrascoso, en Ville Angelic se solía decir que venía de la mansión de los Lignée.

A la casa se llegaba a través de un pequeño pero tupido bosque, siguiendo un camino de carro que no había sido asfaltado ni gravillado jamás, pero un coche podía subir por él si no había tormenta, aunque luego, las ballestas y amortiguadores pudieran resentirse.

Al oeste de la mansión se extendía una amplia terraza que terminaba en una larga y serpenteante balaustrada que miraba al fondo del acantilado donde rugían las olas al chocar contra las rocas, siempre irritadas, siempre con furia, jamás como adormeciéndose sobre la arena.

Cualquiera, si veía aquella casa en un día agradable de cielo azul (lo que resultaba bastante raro) podía pensar que aquél era el lugar más tranquilo de la Creación, un paraje donde no había más rumor que el piar de los pájaros, las hojas de los árboles agitadas por el viento o el rugido de las olas, nada de ruidos industriales ni de automóviles. Era una paz raramente rota porque los Lignée recibían escasas visitas y tenían poco contacto con las gentes del pueblo, aunque el patriarca de la familia tenía un negocio de paños en Ville Angelic, un comercio amplio donde muchos acudían para pedir dinero. Era algo que no se comentaba en voz alta, que no se voceaba porque a nadie le interesaba que así se hiciera.

En realidad, Víctor Lignée era un usurero y no lo era porque un buen día hubiera decidido serlo, no; era usurero por tradición familiar. Quien heredaba la mansión Lignée y su comercio de paños, forzosamente se convertía en el usurero local y así lo comprendían los habitantes de la comarca que en situaciones delicadas de sus economías tenían que ir a «comprar paño» a la tienda de los Lignée, lo que equivalía a pedir un préstamo con intereses abusivos pero que debían ser aceptados cuando los Bancos o las cajas de ahorros se cerraban herméticamente, como ostras celando las perlas de que eran poseedoras.

A Etoile no le gustaba la mansión en que vivía. Había estudiado en un internado, había hablado con compañeras hasta que, poco a poco, la habían ido haciendo de lado gracias a las acusaciones de Suzanne, Amelie y Cybele, habitantes como ella de Ville Angelic.

A la mansión Lignée no había llegado la electricidad, se habían rechazado sistemáticamente los modernismos y sólo se había aceptado un teléfono, un arcaico aparato que era el máximo exponente de avance en la mansión.

Se sabía que había una televisión de batería en la casa de Gaston que hacía las veces de portero, jardinero y guardabosques de la mansión. Gaston vivía con su esposa y jamás ponían alto el tono del aparato y cuando sabían que los

Lignée se acercaban, ellos se apresuraban a cerrar el mueble que ocultaba el televisor para que no fuera visto.

Los Lignée sabían que Gaston tenía un televisor, pero como éste lo ocultaba, aparentaban ignorar su existencia. Resultaba muy duro para una joven vivir en aquel ambiente tan opresivo y detenido en el tiempo cuando los demás habían evolucionado.

—¡Cualquier día me marcharé de aquí para no volver!

Etoile acababa de pronunciar aquellas palabras, casi no las había oído aún, sorprendida ella misma por haberse atrevido a tanto, cuando la mano dura y huesuda de su tía le golpeaba el rostro con una seca bofetada.

—Estás bajo nuestra custodia y no te vamos a consentir que hagas estupideces, ni siquiera que las digas. Tus padres murieron y fuiste confiada a nosotros. Nos hemos desvivido por darte una cultura, un señorío, el carisma de los Lignée que es lo más importante de todo. Algún día, es posible que tú y Jean...

Miró a su hijo, un sujeto torvo, de rostro enfermizo y que agachaba la cabeza como un pajarraco de mal agüero. Sonreía mucho, pero jamás había demostrado una inteligencia siquiera mediana. Etoile había oído comentarios en voz baja dentro del internado relativos a que su primo Jean era un cretino.

Etoile había intentado averiguar si había habido cruces consanguíneas en la familia Lignée y no había tenido muchas posibilidades de averiguarlo.

Cuando había tocado el tema en su propia casa, éste había sido dejado de lado, evadiendo responder.

Etoile quedó sorprendida y desconcertada por la bofetada. Sentía que había dejado de ser niña y que una feroz rebeldía se removía en sus entrañas.

—No vuelva a pegarme, tía Raquel, no lo haga o no volverán a verme más.

—¿Cómo te atreves?

—¡Raquel!

Ante aquella interpelación seca, dura y cortante, la mujer madura y delgada de cuerpo, casi huesuda, se volvió hacia el patriarca de los Lignée.

Víctor Lignée era un hombre extraordinariamente alto y aún lo parecía más por su extremada delgadez. Todos allí, a excepción de Etoile, eran, delgados, quizá por la frugalidad de los alimentos.

Etoile no estaba gorda ni muchísimo menos, pero tenía las redondeces y turgencias propias de su sexo en unas proporciones que atraían las miradas varoniles.

—¿Tú has oído, Víctor?

—Sí, la he oído y creo que te excedes con Etoile.

—¿Cómo?

—Que te excedes —repitió el hombre despacio—. Acaba de llegar del internado y debe encontrar en esta casa un poco más de cariño familiar.

La sonrisa de Víctor Lignée era indescifrable. Tenía cabellos largos y blancos. Aún no había cumplido sesenta años y por su aspecto se le podían calcular ochenta, aunque aquello era un craso error, porque una cosa era su

aspecto, su rostro, sus cabellos, v otra su movilidad, el dominio de su cuerpo y de su mente.

Víctor Lignée tenía una fuerza endiablada dentro de sus huesos extremadamente largos y mucha vitalidad en sus ojos que semejaban despedir siempre un fulgor malicioso.

Víctor Lignée había tomado un candelabro de una sola vela, una vela roja que estaba encendida. Con él, se acercó a Etoile, se acercó tanto que la muchacha, instintivamente, dio un paso atrás.

—No temas, pequeña. Soy tu tío Víctor, tu tutor, el que ha de cuidar de ti. Tienes unos ojos maravillosos, Etoile, estás ya hecha una mujer...

—Tengo ganas de ir a dormir —dijo Etoile molesta y desasosegada, notando todavía en su rostro el escozor de la bofetada.

—Tienes que cenar y aquí cenamos todos reunidos a la mesa —advirtió tía Raquel con dureza.

—Cállate. La chica está cansada, ¿verdad que estás cansada, Etoile? ¿Verdad que tu cuerpo está muy fatigado?

Etoile miró la llama de la vela que se paseaba delante de sus ojos de derecha a izquierda y de izquierda a derecha...

—Sí, estoy cansada, tío Víctor, muy cansada.

—Es lógico. Aquí te queremos mucho, eres como nuestra hija. Tienes unos ojos verde esmeralda muy hermosos. Mira, mira la llama de la vela para que yo pueda ver mejor tus ojos...

—Es que...

—Mírala —pidió suave y firme a la vez.

En realidad, la muchacha prefirió mirar la llama a tener que ver el rostro de su tío Víctor tan cerca del de ella. Jamás le había gustado aquel rostro, le inspiraba profundo temor y desasosiego aunque no se atrevía a decirlo.

—Descansa tu cuerpo, relájalo despacio, muy despacio... Extiende tus brazos hacia abajo. Tus párpados pesan mucho. Cierra los ojos, cierra los ojos y descansa...

Efectivamente, Etoile sintió que los párpados le pesaban. Luchó para mantenerlos abiertos, mas no lo consiguió y se dejó vencer por una laxitud desconocida que la fue invadiendo.

Dejó de ver la llama, pero sabía que su tío estaba muy cerca de ella. Sin embargo, escuchaba su voz lejana, muy lejana, como si le llegara a través de un bosque solitario en el que sólo se oía el roce del viento contra el abundante follaje.

—Vosotros dos, marchaos —ordenó Víctor Lignée a su mujer y al cretino de su hijo Jean, quienes prefirieron obedecer.

—Etoile, estás dormida, muy dormida, pero pronto despertarás. Despertarás cuando yo te sople a los ojos y chasque mis dedos por tres veces. Entonces despertarás y te irás a tu habitación. Te encerrarás por dentro para que nadie te moleste, para que nadie turbe tu descanso. Sobre la cómoda, delante del espejo, encontrarás un frasco negro. Reconocerás su tapa, es

inconfundible, muy especial. Entonces...

Víctor Lignée siguió vertiendo palabras y palabras, cincelaba el cerebro femenino, esclavizándola a los dominios satánicos que habrían de desgarrarla de dolor, que terminarían obligándola a aullar de pánico, a buscar con sus uñas sus propios ojos para saltárselos y así dejar de ver en lo que se iba a convertir...

CAPITULO IV

Cuando Etoile entró en su habitación, una alcoba espaciosa como todas las de la mansión Lignée que tendría más de dos siglos de historia, no supo bien si había cenado o no.

La estancia, iluminada por dos candelabros, uno de tres velas y el otro de cuatro, tenía un aspecto lúgubre.

El tapizado de las paredes, los pesados cortinajes con polvo pegado, todo parecía retrotraerla a otro tiempo.

Etoile no había logrado introducir allí nada que fuera exponente del siglo en que realmente vivía. El Hombre había llegado a la Luna, el Hombre había bajado al fondo de los océanos, las conversaciones telefónicas intercontinentales se realizaban vía satélite y comenzaba a ser normal tener un video-portero electrónico en muchas casas; no obstante, en la mansión Lignée no había siquiera fluido eléctrico para encender una triste bombilla.

Pasó el cerrojo encerrándose en su habitación y deambuló por ella casi flotando. Etoile se había dicho a sí misma en varias ocasiones que lo mejor que podía hacer era marcharse, llegar a la carretera, hacer autostop y buscarse una vida nueva en París. Sin embargo, tenía miedo. Nunca había vivido sola y en el internado no había llegado a tener verdaderas amigas por culpa de Suzanne, Amelie y Cybele.

En realidad, no había podido llegar a confiar en nadie. Sus padres hacía tanto tiempo que habían desaparecido de su vida que ya ni los recordaba. En cuanto a Jean, no le gustaba en absoluto.

Su primo era cruel, se había regocijado demostrándoselo infinidad de veces. Sus torturas a pequeñas bestezuelas eran torpes, y no por no desear tener un refinamiento del que habría alardeado de poseerlo, sino porque sus luces eran cortas y se conformaba con atrapar a un gato, atarlo por una pata a una cuerda y colgarlo de un árbol y así lo dejaba desesperarse y agonizar lentamente.

Había pedido a Etoile en varias ocasiones que le acompañara para mostrarle su obra. Etoile se había compadecido de los animales torturados, indignándose, mas no había logrado liberarlos y sí recibir algunos golpes por parte de Jean que era algo mayor que ella y además el hijo del heredero de los Lignée, en cuya mansión ella no era más que la parienta recogida, la huérfana, aunque aquello sonara a melodrama barato.

Abrió la ventana de par en par.

Hacía algo de frío; sin embargo le gustó que el aire entrara en la habitación. La noche era muy negra y podía oír el romper de las olas contra el acantilado, aunque no veía el agua del océano, su espuma al batir contra las rocas.

Sólo veía negrura, una negrura intensa, sin estrellas. Sólo de vez en cuando unas luces se desplazaban por el horizonte; eran barcos que surcaban las

aguas frente al acantilado, pero demasiado lejos para que Etoile experimentara la tentación de subir a uno de ellos.

Se acercó a la gran cómoda que tenía un espejo muy alto y amplio, ligeramente inclinado hacia delante en su parte superior para poder contemplarse de cuerpo entero si lo deseaba.

Entonces descubrió el tarro y, sin darse cuenta, su mente dejó de ser libre.

Acababa de ver aquel frasco negro cuya tapa era de puro ébano tallado, suave al tacto porque estaba bien pulido.

En el centro del tarro destacaba la cabeza de un macho cabrío que parecía mirarla con fijeza. Aquella pequeña talla de sobrerrelieve tenía más sugerencia de la que pudiera suponerse.

Con ligero temblor en sus dedos, Etoile acercó las manos al tarro que era más bien grande. Lo cercó entre ellas y su respiración se hizo más profunda e intensa.

Alzó sus pupilas verdes hacia el espejo y se vio el rostro, un rostro que ella no podía valorar como hermoso porque era su propia imagen y no tenía la capacidad narcisista de enamorarse de sí misma.

Notó que la ropa le pesaba como si en vez de algodón fuera de hebras de plomo. Se sintió a disgusto con el vestido y comenzó a desabrochárselo despacio, muy despacio, como si participara en una ceremonia largo tiempo estudiada. Un botón, luego otro... Una cinta, un lazo que se deshacía y el vestido haciendo frú-frú se deslizó al suelo. Un nuevo lazo, un corchete minúsculo que apenas se encontraba con las uñas, un movimiento de los tirantes y el viso también cayó sobre el vestido, rodeando sus tobillos.

Puso sus manos hacia atrás y desenganchó el sujetador. A Etoile no le agradaba usar sujetador para sus pechos jóvenes y erectos, pero su tía decía que era una inmoralidad no llevarlo.

Eran unos sujetadores nada sugestivos, duros, casi ásperos y también fueron a parar al suelo.

Un minuto después estaba desnuda frente al espejo. Su mirada resultó casi vacua; sin embargo, se sonrió a sí misma. Alargó las manos y abrió el tarro oscuro que alguien había puesto sobre la cómoda, un tarro cuya existencia ella ignoraba.

Levantó la tapa y una vaharada a hierbajos se metió por las ventanillas de su nariz algo respingona.

Lo que contenía el frasco era una especie de jalea de hierbajos, quién sabe cuáles y en qué proporción, todo mezclado con alguna grasa desconocida para Etoile.

Una fuerza irresistible, una fuerza dominante que tenía metida dentro de su cabeza, la empujaba a utilizar aquella jalea como si fuera una crema para nutrir la piel o para ayudar a recibir sin quemarse los rayos solares.

Untó sus dedos con la crema marrón oscura y comenzó a deslizaría por su cuello, por debajo de la barbilla. Continuó cogiendo parte de aquella jalea y se la fue aplicando por las axilas, el costado y los senos, comenzando a notar un

escozor y un calor desconocido hasta entonces.

Siguió hasta frotarse los muslos, como cualquier chica que deseara broncearse en la playa. Ni siquiera se preguntó por qué se aplicaba la crema que iba sacando con las yemas de los dedos del tarro oscuro en el que estaba tallada en sobrerrelieve la cabeza de un macho cabrío.

Se miró al espejo y vio que su piel se tornaba de color verdoso y luego roja, como si se hubiera transformado en una mujer endemoniada.

Comenzó a reírse con una risa que no le parecía suya y todo su cuerpo semejó tener fiebre. Las velas encendidas semejaron agrandarse haciéndose monstruosas y proyectando contra las paredes sombras que recordaban a diablos danzando en el averno.

Sus carcajadas se hicieron casi histéricas y ella misma bailó por la habitación una danza extraña que ignoraba conociera.

Se acercó a la cama y vio que las sábanas eran negras. Tomó una de ellas con la mano y jaló con fuerza. La sábana negra tremoló en mitad de la estancia. Se puso debajo y quedó cubierta en parte por la sábana negra. Se acercó al espejo sin cesar de reír y sintiendo al mismo tiempo un miedo atroz.

—¡Soy una bruja, soy una brujaaaaa!

Se volvió hacia la ventana. Sus pies se despegaron del suelo y salió volando a través de la ventana. Aleteó entre la negrura de la noche, la sábana negra semejaba dos grandes alas a derecha e izquierda de su hermoso cuerpo desnudo.

Vio las olas romperse bajo sus pies contra las rocas y la pared del acantilado donde, según contaban, se habían estrellado embarcaciones sin que los marinos hubieran podido salvarse. Aquel acantilado era una trampa de la que no se podía escapar.

Las olas tomaban a sus víctimas y las lanzaban contra las rocas, las volvían a recoger y las lanzaban de nuevo, así una y otra vez entre feroces rugidos hasta deshacerlos.

Se elevó por encima de la mansión Lignée, de la que se contaba que todas las mujeres de la familia eran brujas. Por eso, a lo largo de generaciones, los Lignée habían procurado casarse entre sí de una forma u otra, solicitando dispensas.

Siguió riéndose volando por encima del bosque y colina abajo llegó a Ville Angelic, un pequeño pueblo que dormía cerca de la playa, un pueblo que se tornaba muy triste al caer la noche. Todo se cerraba y apenas nadie se veía por las calles. Farolas encendidas, dos cines que aguantaban sus luces de reclamo hasta que salía el público asistente a la última sesión.

Etoile, convertida en una bruja alada, sobrevoló los tejados riéndose de cuantos abajo en sus lechos se encogían ateridos de miedo, temerosos de su poder satánico.

Se acercó al pararrayos de la torre de la iglesia y retrocedió en el cielo dejando de reír, chillando como millares de murciélagos juntos alejándose de la iglesia.

Voló hasta llegar a la ventana de una buhardilla y extendiendo sus manos por delante, la ventana cedió. Se introdujo en el desván repleto de trastos viejos cubiertos de polvo.

Anduvo por la buhardilla con sus pies desnudos y descubrió un hacha danesa militar del siglo XVII con un afilado pico en el reverso de la hoja. Tomó el hacha y le pareció muy pesada, pero su brazo se había tornado fuerte, capaz de manejarla con ligereza.

Llevando el hacha, salió de la buhardilla por una puerta que conducía a una empinada escalerilla con baranda de hierro.

Se introdujo por la casa hasta que, empujando una puerta, pasó a una alcoba.

Se notaba el rumor de respiraciones fuertes, pesadas.

Etoile extendió su mano e hizo presión sobre el interruptor de la luz. La estancia se iluminó.

La cama era ancha, arcaica y, en ella, dos seres de avanzada edad parpadearon ante la luz que hirió sus pupilas.

—Eh, ¿qué pasa, quién es usted? —balbució el hombre.

La vieja chilló:

—¡Es una bruja, una bruja!

—¡Soy una bruja! —exclamó Etoile riendo satánicamente.

Elevándose en el aire saltó sobre la cama y, sin dejar de reír, fue descargando hachazos sobre los dos sorprendidos ancianos que vanamente trataron de escapar escabullándose bajo las mantas.

Fue inútil. La sangre salpicó sábanas y almohadas y las cabezas se llenaron de horrendos tajos de muerde que no detenían la mano asesina, que seguía descargando golpes contra ellos, como deseando deshacerlos total y absolutamente.

Ella era el poder del mal satánico asesinando al anciano matrimonio Goviu sin que nadie pudiera acudir a salvarlos.

La muerte, en la figura de Etoile, había penetrado siniestramente en la casa por la ventana de la buhardilla y los habitantes de Ville Angelic, ignorantes de lo que estaba sucediendo, dormían v dormían mientras las olas del mar seguían rugiendo al romper contra los acantilados debajo de la mansión de los Lignée.

CAPITULO V

—No, no tengo tantas habitaciones —protestó la patrona de la vetusta pensión al norte del pueblo, una pensión que miraba al mar. Por las ventanas del lado norte, las más frías y húmedas, podía verse la mansión Lignée situada en lo alto del acantilado—. Sólo tengo dos habitaciones.

Maurice, riéndose, dijo:

—Nos basta, somos cuatro.

—Oiga, joven, ésta es una pensión muy respetable, no es ningún burdel.

—Por supuesto que no es un burdel, madame —atajó Denis Rasoir deseando tranquilizarla—. Ellas utilizarán una habitación y mi amigo y yo otra. ¿No es eso, Maurice?

—Claro que sí, no faltaría más. Usted, madame —Maurice cogió a la hostelera por los hombros—, va a ser como una madre para nosotros.

—¿Yo una madre?

—Sí, como una madre. Ellas son noruegas y Saben muy poco de la vida.

—Pues que se vayan a Noruega a aprender.

—Oh, no, usted les enseñará cosas que ellas no podrían aprender en otra parte. Mi amigo y yo tendremos que trabajar mucho en unos proyectos muy importantes que tenemos.

—Está bien, está bien, pero no me fío. Los jóvenes de hoy son muy depravados y vivimos tiempos de maldad, crímenes, brujerías. Satanás se ha apoderado del mundo.

—Vamos, madame, no será tanto —se rió Denis.

—¿Que no? Miren, ahí está el comisario Decanié, ha venido de París, del mismísimo París, a investigar el crimen de los Goviu. Todos en Ville Angelic sabemos lo que ocurrió, pero el comisario Decanié dice que no cree en brujas. Eh, comisario Decanié, ¿algo nuevo?

—Hola, madame.

—Ejem, preguntaba si hay algo nuevo —insistió la patrona de la pensión.

—Pues no. La puerta estaba cerrada con llave.

—¿Ha preguntado ya en la mansión Lignée?

—Aún no, pero interrogaré a todo el mundo que haga falta. Buenos días, madame.

Saludó, alejándose hacia su habitación. El comisario tenía un aspecto fatigado, como de haber pasado largas horas de un lado a otro buscando un rastro que le condujera a la pista del asesino del matrimonio Goviu.

—¿Por qué insinúa usted que el asesino vive en la mansión Lignée? —inquirió Denis Rasoir abiertamente a la hostelera.

—Porque los brujos y las brujas viven allá, todos lo sabemos. No se les quemó hace mucho tiempo, cuando debieron ser quemados por brujería, y ahora pagamos las consecuencias y ellos se siguen reproduciendo. Pero, aunque las caras cambien, siempre seguirán siendo los Lignée, la casta, la

sangre de los protegidos de Satanás. —Y se apresuró a santiguarse.

Maurice puso cara de circunstancias y las dos chicas noruegas, que se perdían casi siempre la mitad de lo que se hablaba, nada dijeron.

Se separaron por habitaciones y ya a solas, Maurice interpeló a su amigo:

—Ya me olía yo algo raro... Me has traído a un pueblecito marinero que todavía cree en las brujas. Si por esa vieja fuera, levantarían una fogata y meterían a una doncella dentro para quemarla viva.

—Hay todavía demasiado oscurantismo, tanto por parte de los que practican rituales satánicos como por parte de los que los atacan, creyendo también en la fuerza de Satán.

—Denis, no habremos venido aquí porque tú te olías algo de este ambiente, ¿verdad?

—¿Yo? Es la primera vez que piso Ville Angelic.

—Entonces, lo del fundidor artesano...

—Bueno, me habló de él un amigo de París que está metido en el asunto y que le había encomendado varios trabajos...

—Denis, si hay algo más, dímelo. Yo, en las brujerías, no creo, pero en la policía sí y si un comisario de París está aquí investigando un doble asesinato, es para tomar medidas de precaución.

—No irás a pensar que te he traído aquí para que te asesinen, ¿verdad?

Se rió y Maurice también se rió, aunque la risa, en el habitualmente jovial Maurice, se fue enfriando hasta desaparecer.

Media hora más tarde, con su «Citroën» CX Prestige, Denis recorrió la pequeña villa marinera. No conocía aquel lugar y buscaba la casa del fundidor.

Había dado un par de vueltas por el pueblo cuando vio a una mujer de espaldas, una mujer pelirroja. Asomándose por la ventanilla del auto, la interpeló:

—¡Mademoiselle, mademoiselle!

La chica se volvió.

—¡Suzanne!

Ella parpadeó, mirándole interrogante.

—¿Me conoce?

Denis Rasoir creyó oportuno no recordarle a aquella chica pelirroja y entrada en carnes cómo la había conocido.

—Buscaba una fundición.

—¿La fundición? Ah, sí, siga por esta calle; llegará a la carretera y como a dos kilómetros la encontrará, es inconfundible.

—Gracias, mademoiselle.

Apretó el gas de su automóvil, que ahora no llevaba el remolque con la moto. Se alejó antes de que la belicosa pelirroja pudiera hacerle más preguntas.

Denis salió de Ville Angelic. Ya en la carretera, a distancia y encaramada en lo alto del acantilado, divisó la mansión de los Lignée. La casa le atrajo

sobremanera. Aun a la luz del día tenía un aspecto poco tranquilizador.

Denis Rasoir se propuso subir a la extraña y desasosegante mansión, pero elegiría otro momento.

Se dedicó a buscar la fundición, lo que no le costó nada tras la indicación de la pelirroja Suzanne, la cual estaría rebuscando en su mente de qué la conocía aquel forastero que había arribado al pueblo con su coche de color amarillo.

El propietario de la pequeña fundición artesana, en la que sólo trabajaban cuatro hombres, resultó un sujeto fornido, más bien bajo y con una calvicie rojiza siempre sudada. Sus manos gruesas, de dedos cortos y piel picada por mil chispazos, unas manos que sabían trabajar pese a estar muy lejos de poseer la sensibilidad y agilidad de un pianista o un mecanógrafo de primera.

—Creo que podemos combinar el trabajo —le dijo el fundidor.

—¿Usted hará las matrices según los planos que le demos?

—Sí, no se preocupe, hacemos unas matrices perfectas. Luego sólo será cuestión de torno y pulido.

—Eso lo hará mi amigo, que es un especialista en la pequeña mecánica.

—En ese caso, mucho mejor, yo tengo que atender unas peticiones que me han llovido. A la gente le ha dado por revalorizar las piezas antiguas y gente que compra casas vetustas quiere lámparas antiguas, pero no hay para todos y tenemos que fabricarlas nuevas pero dándole aspecto de antiguas, claro que el latón no da mucho trabajo.

—¿Podrá combinar las coladas?

—Sí, descuide. Usted quiere más temperatura para sus aleaciones de acero, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces, primero haremos las coladas de latón y luego el crisol, con su aleación y ya previamente calentado para no tener desagradables sorpresas, lo introduciremos en el horno y subiremos la temperatura. ¿Le parece bien?

—De acuerdo, creo que nos entenderemos. Los que inventamos pequeñas piezas nada podríamos hacer si no hubieran fundidores artesanos como usted.

—No me dé jabón, muchacho, que no le bajaré el precio. La vida está cara —dijo limpiándose las manos con un trapo ya más sucio que las propias manos del fundidor.

—Yo no lo pretendo. Por cierto, ¿cómo va la vida por Ville Angelic?

—Como siempre, esto no es París, Marsella ni siquiera Burdeos o Toulouse, donde están las grandes factorías. Esto es sólo un pueblo que vive de cara al mar. Yo mismo hago muchas piezas especiales para embarcaciones. Cuando un paisano viene v me dice: «Se me ha roto tal o cual herraje de la barcaza», yo gruño, lo tomo, regateo, mido, le hago un molde y siempre acabo entregándole la pieza nueva.

—En la pensión he oído comentar que ha habido un asesinato y que ha llegado un comisario de París.

—¡Ah, sí! —suspiró y arrojó el trapo al suelo.

Al fondo, el horno chisporroteaba. Los fundidores artesanos lo mimaban porque amaban el trabajo que hacían, le sacaban todo el espíritu a aquella labor ancestral.

—El viejo matrimonio Goviu... No les rodaban bien las cosas últimamente. Ya se sabe, cuando uno se hace viejo, si no tiene bien amarrado el barco, cualquier embate se lo hunde.

—¿Tiene algo que ver su muerte con que las cosas no les fueran bien a esos ancianos?

—No lo sé, que lo averigüe el comisario. La verdad es que la pesca no marcha como antes. Los grandes barcos pesqueros, la competencia internacional, el mar que se contamina con las mareas negras... Los peces desaparecen y cuando un patrón tiene un bar y no puede gobernarlo y vigilarlo por sí mismo, los negocios van de mal en peor. Quizá no tenga importancia, pero se cuentan cosas... Claro que un asesinato tan bestial, matarlos a hachazos mientras dormían...

—¿Han robado en la casa?

—Dicen que no. Ha sido un asesinato doble y salvaje, no creo que nadie pueda complacerse en matar de esa forma a un par de viejos, claro que la gente murmura.

—¿Y qué es lo que murmura?

—Bah, no tiene importancia, cosas de cocina, de mujeres, ya sabe.

—La patrona de la pensión ha hablado de brujas.

—Pues eso es lo que murmuran.

—¿Y usted cree en las brujas?

—¿Yo? —Bajó la mirada—. Mire, mejor hablamos de otras cosas.

Se dirigió a su pequeño despacho, donde todo estaba tan sucio como en el resto de la fundición.

Denis comprendió que el fundidor no deseaba hablar de aquel tema y tampoco había negado creer en brujas.

Denis Rasoir se resistía a pensar como aquellas buenas gentes provincianas, pero lo que no podía negar era que había habido dos muertos, dos viejos asesinados a hachazos mientras dormían.

—¿Tendrá algo que ver Etoile con esas muertes? —musitó para sí.

—Eh, ¿decía algo?

—No. nada, nada, pensamientos...

CAPITULO VI

Etoile se había pasado dos días en su habitación, metida en la cama, alegando que no se encontraba bien, que sufría intensas jaquecas.

—Llamaremos al doctor —había dicho su tía Raquel. —No, sólo es jaqueca, ya se me pasará —se apresuró a replicar Etoile, cuyo rostro estaba más pálido que los cirios que por la noche iluminaban la mansión.

—Déjala estar, Raquel, por una jaqueca no hace falta avisar al doctor.

—Pero dos días...

—Vamos, Raquel, déjala en paz, la chica quiere estar tranquila —insistió Víctor mirando a la muchacha con una leve sonrisa en su boca apenas sin labios, una boca que más parecía un tajo en el rostro.

Etoile rehuyó la mirada maliciosa, casi burlona, de su tío Víctor.

—Está bien —acabó admitiendo su tía, dejándola sola en la alcoba.

La muchacha buscó por todas partes, sin hallarlo, el tarro con la extraña jalea que olía a hierbajos y cuya tapa era de puro ébano en el que habían tallado la cabeza de un macho cabrío que recordaba mucho (no por la cornamenta) a su tío Víctor.

Estaba desesperada y se sentía muy mal. Un atroz sentido de culpabilidad la hería en sus entrañas y unas intensas náuseas no la abandonaban desde la terrible noche en que había ocurrido todo lo que no quería recordar. La vida era tan extraña y siniestra para una Lignée...

Ella no podía ver las cosas como podía verlas una secretaria en París. Todo era distinto, como si la mansión Lignée, con sus habitantes, se hubiera anclado en un tiempo pasado, negándose a avanzar con el resto de la humanidad.

«—Los valores del bien y del mal, los poderes malignos del espíritu, son inmutables a través de los tiempos», había sentenciado su tío Víctor con su voz particularmente profunda.

Etoile no comprendía cómo podía ser una bruja, no recordaba haber hecho jamás ningún pacto con el diablo. Quizá había cometido estupideces jugando con su primo Jean en los alrededores de la mansión, pero jamás nada consciente.

Se acercó a la ventana. El cielo aparecía neblinoso, siempre lo estaba allá. Pocas eran las veces en que lucía azul como le habían contado ocurría en el Mediterráneo, en las costas catalanas.

Miró al exterior. La ventana, en aquella fachada de la casa, daba casi al acantilado y quedaba muy alta, tan alta que era imposible saltar desde ella a la terraza, salvo que uno se quisiera suicidar.

Por si fuera poco, la terraza se estrechaba en aquel punto y se corría el riesgo de caer al fondo del acantilado donde las olas batían contra las rocas, rugiendo y espumeando.

—No es posible que yo haya salido volando por aquí, Dios mío, no es

posible —musitó para sí mientras las piernas le flaqueaban.

Apoyó sus manos sobre el alféizar de la ventana y sintió deseos imperiosos de terminar con la tortura de sus pensamientos, mas no tuvo fuerzas para arrojarse al vacío.

Cerró la ventana con violencia y siguió escuchando el rugido de las olas.

Salió del cuarto y, al hacerlo, escuchó voces en el salón. Etoile se pegó a la escalera y escuchó; había gente extraña en la mansión Lignée y sus tíos hablaban con su habitual circunspección.

—De veras lo siento, comisario Decanié, pero aquí nada sabemos respecto a ese doble crimen.

—Verá —suspiró el comisario—, circulan extraños rumores por el pueblo...

—No irá a hacer caso de los rumores que propasan las gentes maliciosas del pueblo, ¿verdad? — preguntó Raquel con actitud ofendida.

—No, madame, la policía no hace caso de los rumo res; sin embargo, debemos hacer preguntas, muchas preguntas, y hemos averiguado que el occiso monsieur Goviu le debía a usted una fuerte suma de francos. ¿No es cierto?

—Sí. No irá a pensar que hago usara, ¿verdad, comisario? —Antes de que el representante de la ley pudiera decir algo, Víctor Lignée prosiguió—: Fue un préstamo de amistad, en éste pueblo nos ayudamos los unos a los otros.

—Verá, monsieur Lignée, no vengo a acusarle de nada; no obstante, tengo noticias de que usted ha sufrido varias acusaciones a lo largo de los años por usura.

—¿Acusaciones? Uno ayuda a sus paisanos y encima lo acusan, es lo lógico, da la mano y te escupirán a la cara... Admito que he recibido varias denuncias, pero jamás, jamás ha habido una sentencia en mi contra.

—Sí, eso también me ha sido notificado por el juzgado.

—Veo que usted no pierde el tiempo investigando, comisario.

—No puedo perderlo. El doble asesinato está muy oscuro y 1o lógico es buscar las motivaciones de este crimen. Si encontramos el motivo, podremos hallar al culpable.

Raquel protestó entonces con vehemencia:

—¿Y porque mi esposo ayudó a los Goviu con un préstamo por amistad ahora piensa que somos unos asesinos, comisario?

—Monsieur Lignée —inquirió el comisario paciente, como si no hubiera oído a la mujer—, el préstamo que hizo a Goviu, ¿le fue devuelto?

—La verdad es que no —respondió algo dubitativo—. Pero no hay usura de clase alguna, ni siquiera le puse interés. Fue un préstamo por amistad, nada más.

—¿Pondrá todos los documentos en manos del juez?

—Naturalmente. El que le hiciera un préstamo por amistad, sin intereses, no quiere decir que no tomara las precauciones más elementales, es decir, pidiera unas garantías mínimas por si luego no quería devolverme el dinero.

Eso no es ningún delito.

—De modo que usted asegura que prestó dinero sin intereses...

—Exacto.

—Bien, bien. Eso, como formará parte de la herencia de los Goviu, quedará en manos del juez.

—Por supuesto, es lo que yo deseo.

—En ese caso no habrá problemas; sin embargo...

—¿Sin embargo qué, comisario? —inquirió Raquel.

—Pues que ustedes no dejan de beneficiarse con la muerte de Goviu.

—¿Beneficiarnos? —Repitió casi airada Raquel—, Si ha muerto ya no puede devolvernos lo que le prestó mi marido haciéndole un gran favor cuando estaba en la ruina.

—Es verdad, ya no podrá devolverles el dinero y se quedarán con la garantía que su esposo exigió. Si no hubieran sido asesinados los Goviu, ¿piensa que le hubieran pagado la deuda?

—Naturalmente, no tengo por qué dudar de ellos —replicó Lignée.

—No obstante, de todos era sabido que las cosas les iban muy mal.

—A mí no me dijo en ningún momento que no fuera a pagarme.

—Lo que tiene que hacer usted, comisario, es encontrar al asesino y dejar de molestar a las personas honestas que pagan el salario que usted cobra — silabeó Raquel.

—Para defender la ley, madame, para defender la ley lodo ciudadano de la República debe colaborar a que yo logre la detención del asesino de los Goviu y no poner obstáculos. Bien, ahora he de irme. Es posible que venga a visitarles personalmente o delegue a uno de mis ayudantes. Hay que hacer más preguntas. Ustedes no salieron de la casa, ya me lo han dicho, nadie pareció salir de su casa.

—Hay marinos que sí —puntualizó Víctor Lignée—. Y los hombres que había contratado Goviu cuando las cosas le iban bien no estaban muy contentos al poner Goviu su embarcación en el dique seco y quedarse ellos sin trabajo.

—Sí. Siempre hay obreros, empleados, marinos en este caso, que por quedar en situación de desempleo guardan rencor a su patrón; sin embargo... En fin, ya fes diré algo. Buenos días.

El comisario Decanié abandonó la mansión. Afuera aguardaba un automóvil policial con tres gendarmes de uniforme que se alejaron por el camino en dirección a la villa.

Etoile oyó discutir a sus tíos y cuando se aproximaba más a la escalera, unas manos inesperadas la atraparon, por la cintura, sorprendiéndola y haciéndole saltar el corazón dentro del pecho. Ahogó un grito de terror.

—¡Jean!

—No vas a gritar, ¿verdad? —se rió ligeramente.

—Déjame, quítame las manos de encima.

Etoile apartó las manos de Jean, aquellas manos que buscaban su cintura,

sus muslos, su vientre y sus senos, aquellas manos que la habían atrapado por sorpresa y que la manoseaban.

—Nos casaremos, nos casaremos.

—¡Déjame!

—Mamá dice que nos casaremos.

—¡Vete al diablo, imbécil!

Jean se puso serio. Desde abajo, Raquel, la madre de aquel cretino que tenía por primo, preguntó, alzando la voz:

—¿Qué pasa ahí?

—¡Dígale a Jean que me deje en paz! —exigió Etoile componiendo su vestido.

—¡Jean!

—Mamá, es que tú ya has dicho que me casaré con Etoile...

—Sí, claro, pero no la molestes, Jean. ¿No sabes que tiene jaqueca? Hay días que las mujeres tenemos jaqueca.

Etoile aprovechó para descender rápidamente las escaleras, dejando a Jean un poco desconcertado al ver cómo su prima se le escapaba y no se resignaba a ello.

—Discúlpalo, Etoile, es como un niño.

—Me voy a pasear un rato.

—Sí, pasear te hará bien, pero no te ale ¡es demasiado.

Etoile prefirió no acercarse al acantilado por la gran terraza. No quería ver las olas chocando contra la pared rocosa porque le recordaba la horrible noche, aquella noche que no olvidaría jamás.

Escogió pasear por el bosque y tuvo la impresión de que su primo Jean habría de seguirla. Por ello, miró hacia atrás temiendo que lo hiciera. Podía dominar a Jean hablándole, pero temía a su fuerza física y había oído contar que cuando un cretino tenía una idea fija entre ceja y ceja, era imposible quitársela. Y si se le había metido en la cabeza lo que Etoile suponía, no j deseaba ser atrapada por su primo en un lugar solitario porque lo que ocurriera ya no lo iba a remediar nadie.

El bosque hacía una pendiente suave. En vez de buscar el sendero, prefirió caminar entre los árboles. Conocía bien el lugar y sabía que las gentes de Ville Angelic no solían acercarse por allí, quizá sólo alguna pareja de enamorados que tenían la certeza de que nadie les vería por allá.

La propia Etoile, siendo una muchachita, había sorprendido, sin ser ella sorprendida a su vez, a una pareja, un hombre y una mujer. Habían extendido una manta en el suelo, ella reía v el hombre la acosaba mordiéndola por todo el cuerpo.

En aquella ocasión, a Etoile se le había atragantado la nuez en la garganta, había notado que el ritmo del corazón se le aceleraba y que sus sienes palpitaban muy fuerte.

Aquel atardecer, había visto cómo un hombre y una mujer se amaban hasta caer luego ambos extenuados.

Días más tarde, la había vuelto a ver a ella del brazo de un hombre que no era el mismo que a horcajadas la colmara de placer en el bosque. En aquella ocasión, Etoile había empezado a comprender algunas cosas de las que jamás le iba a contar su tía Raquel, aquella mujer siempre vestida de oscuro con una elegancia muy particular y que pretendía adoptar la postura de madre adoptiva con ella, cuando realmente la trataba como a la pariente pobre recogida la que se le podía acusar de todo, increpar y abofetear si hacía falta.

Aún pensaba en el atardecer en que viera hacer el amor a unos desconocidos que simplemente eran un hombre y una mujer que rehuían el mundo y las imposiciones que ellos mismos debían haber contraído y aceptado cuando, de pronto, un verdadero rugido la sobresaltó haciéndola brincar.

Giró la cabeza y vio avanzar hacia ella el ruido que era mecánico y de fuego. Un motorista de trial se le echaba encima.

—¡¡Aggggh!!

El motorista se había lanzado sobre ella y debía dominar muy bien su máquina porque extendió uno de sus brazos y la cogió por la cintura sin que ella pudiera evitarlo.

El hombre detuvo la moto. Etoile quiso librarse y él volcó la moto junto a un árbol. Siguió sujetando a la muchacha hasta estrecharla contra sí.

—No temas, Etoile, no voy a violarte.

—¡Tú, tú eres, tú eres...!

El joven alto y rubio se quitó el casco y lo dejó caer al suelo, buscando con sus ojos las pupilas verde esmeralda de la chica.

—¿Te acuerdas mejor de mí, Etoile?

—¿Qué, qué haces aquí? —Etoile miró en derredor, como temiendo ser sorprendida—. Te llamas Denis, ¿verdad?

—Sí, Denis, y tú Etoile. Mira —le mostró la lengua—, se me ha curado, pero me mordiste fuerte.

—Perdona, no sé lo que pasó. Déjame, déjame, me esperan.

El no la soltó sino que la inclinó hacia el suelo ayudándose con el pie para hacerle perder el equilibrio. Cuando ya la tuvo medio sentada en el suelo, dijo:

—Me ha parecido que salías a pasear.

—¿Vigilabas la casa?

—Sí.

—¿A qué has venido a Ville Angelic?

—A verte.

—¿A mí?

—Sí, me intrigaste y me dije que debía volver a verte y preguntarte por qué me mordiste.

—Tienes razón; tú me salvaste de que mis compañeras de internado siguieran golpeándome y quién sabe adónde hubieran llegado si tú no apareces. Me llamaron de todo, me insultaron, me golpearon. Tuve dolores

durante dos semanas enteras; yo debía darte las gracias; sin embargo...

Denis le acarició el cabello con una mano y posó la otra sobre la pierna de la joven, por encima de la rodilla, efectuando un ligero movimiento que hacía resbalar la tela del vestido sobre la suave piel femenina sin que Etoile protestara.

—Estabas todavía dolorida, asustada. Me preocupas, Etoile.

—¿Por qué?

—Creo que te hace falta ayuda. Tengo la impresión de que necesitas que alguien te dé la mano.

—Tengo familia.

—Lo sé, tus tíos, vives con ellos desde que tus padres desaparecieron en el mar. ¿No es eso?

—Sí. ¿Cómo lo has sabido?

—Preguntando, me hospedo en la pensión. No estoy solo, sino con unos amigos y pasaré aquí unas semanas posiblemente. Estoy haciendo unos trabajos.

—Sí, me explicaste que eras ingeniero.

—Eso es. Pruebo motos y tengo una CZ checa que voy transformando con mis inventos. Si tengo suerte, los vendo; si no, sigo adelante. Es mi vida profesional, pero eso no importa ahora, quien importa eres tú.

—¿Por qué no te olvidas de mí, Denis?

—No podría. Tus ojos verdes me han cautivado, se han apoderado de mí. Si fuera un cursi te diría que se han adueñado de mi alma.

—Y sin ser cursi, ¿qué me dirías?

—Que te has apoderado de mi carne, de mi sangre, de mi sexo.

—¡Márchate, márchate de este lugar!

—¿Por qué? Dame una razón sensata, una razón que yo pueda aceptar.

—No tengo ninguna capaz de gustarte, pero márchate.

—¿Estás preocupada por la muerte de los dos ancianos? —le preguntó abiertamente.

Ella ladeó la cabeza para no dejar sus pupilas verde esmeralda al alcance del hombre, como si con ellas quedara totalmente desnuda.

—¿Te lo han contado?

—En Ville Angelic no se habla de otra cosa y el nombre de los Lignée también anda mezclado en el asunto.

—Hace un rato, el comisario ha estado en casa.

—Lo sé, he visto el coche policial.

—¿Y qué dicen en el pueblo sobre los Lignée?

—Lo que tú estás imaginando.

—¿Y tú lo crees?

—No.

—¿Y si te dijera que es cierto?

—No creo que seas una bruja como pretendes, aunque insistas no lo creo. Tú eres una chica maravillosa, pero que está asustada. A ti lo que te hace falta

es marcharte de aquí y empezar una vida nueva en otra parte sin que nadie pueda señalarte con el dedo y decir:

«Es una Lignée», que es lo mismo que decir una bruja.

—Es que soy una bruja aunque no lo creas.

—No dirás que has sido tú la asesina de esos viejos.

—¿Yo?

Etoile quiso zafarse de él, pero Denis la mantuvo sujeta.

—Estate quieta. Yo no creo que hayas sido tú la asesina. Aquí pasan cosas extrañas, no me cabe duda, y tú no dejas de ser una víctima. Me han contado cómo es la mansión Lignée, sé que no tenéis ni electricidad, que os empeñáis en vivir anclados en el tiempo de las brujas y que tu tío vive de la usura aunque como tapadera mantenga una tienda de paños que no interesan a nadie.

—Vete de aquí, Denis. Tú eres bueno, inteligente y me agradas, me agradas mucho. He pensado en ti, pero vete, yo estoy maldita, maldita.

—No, lo que tú necesitas es ayuda.

—¿Qué hace aquí? ¡Fuera, fuera de aquí! —gritó de improviso Jean, que se les había acercado sin que se dieran cuenta.

—Hombre, éste debe de ser tu primito —exclamó Denis señalándole.

—Sí, es Jean.

—¡Se lo diré a mamá, se lo diré a mamá! —gritó con las mejillas rojas.

—Pues anda ya, ve y cuéntaselo a tu mamá —rezongó Denis.

—¡Te voy a matar, te voy a matar! —babeó Jean.

Le lanzó una patada a Denis, pero éste le atrapó el pie en el aire, se lo retorció y se fue al suelo dándose una costalada.

Denis se puso en pie y le propinó una patada entre las nalgas que hizo aullar a Jean...

Denis tomó su casco, puso en pie la motocicleta y le dio al pedal haciendo rugir al motor al tiempo que le decía a Etoile:

—¡Sube atrás!

—¿Yo?

—¡Vamos, sube o tendré que darle unos puntapiés más a ese cretino y no deseo hacerlo!

Como que llevaba falda, Etoile se la subió para montar a horcajadas en el sillín posterior de la CZ de trial. Cuando la moto participaba en carreras no portaba aquel sillón accesorio; ahora sí lo llevaba porque Denis se lo había acoplado.

Rugiendo, la motocicleta dio brincos bosque abajo, rodando rápida. Etoile sintió el vértigo de la velocidad y los saltos y para no caerse se agarraba fuerte a la cintura del hombre, pegando la cara contra la espalda de él.

Ya no se veía a Jean, que se había quedado dando puñetazos en el suelo, lanzando maldiciones incoherentes y prometiendo vengarse.

CAPITULO VII

Estaban tendidos en una playa agreste y casi salvaje, arena, rocas dispersas y aquella maldita bruma que casi siempre ocultaba el azul del cielo tamizando la luz solar.

Etoile y Denis estaban tendidos uno junto al otro.

La joven se levantó algo sobre su costado y apoyó la cabeza sobre el pecho desnudo y velludo de Denis mientras con el dedo índice reseguía la marca de las costillas del hombre.

—Me haces cosquillas.

Ella le besó en la tetilla, que luego agarró entre los dientes y apretó.

—Eh, cuidada, me haces daño.

Ella se echó hacia atrás y rió.

—¡Soy mala, muy mala, una bruja terrible!

Denis estiró su mano y la atrapó por la cintura, atrayéndola y obligándola a sentarse junto a sí.

—Eres una bruja y yo haré que dejes de serlo.

—¿Cómo? —preguntó ella desafiante. Parecía haberse liberado de muchos de sus sangrientos recuerdos.

—Limándote los dientes lo primero. —Se frotó la tetilla donde habían quedado las marcas del mordisco.

—¿Por qué no me llevas contigo a París?

—¿Así, de sopetón?

—Sí. En realidad no tengo nada que me ate aquí más que la fuerza de la sangre, el nombre de los Lignée. Nada de lo que hay en la mansión me pertenece, vivo recogida y, cuando mis tíos mueran, se lo quedará todo Jean.

—¿De veras lo quieren casar contigo?

—Sí.

—Qué estupidez. ¿No hay ya bastantes cretinos en !a familia que encima quieren que nazcan más?

—¿Tienes celos?

—Te amo. Sí, amo a una bruja, es sorprendente pero amo a una bruja.

De pronto, los hermosos ojos de Etoile se entristecieron.

—Todo esto es un sueño, una tontería, jamás dejaré de ser lo que soy. Tú te marcharás y me olvidarás.

—¿Quieres que probemos algo que te dejará tranquila?

—¿Probar, el qué?

—Te podría llevar a un psiquiatra.

—¿Psiquiatra? Claro, piensas que estoy loca, ¿verdad?

—No, no es eso. El psiquiatra, a petición tuya, puede inyectarte el suero de la verdad y sacará de tu mente todos los problemas y secretos que encierras y, entonces, te tranquilizará.

—No, no, eso no.

—¿Por qué no? Quedarías tranquila, te darías cuenta de que todo son imaginaciones tuyas.

—No, no quiero, no quiero...

Se levantó para escapar corriendo. Denis quiso sujetarla, pero en esta ocasión no lo consiguió. Etoile era muy ágil y corrió por la arena, alejándose.

Denis recogió su camisa y, cuando preparó su moto, ella ya se perdía lejos. Decidió que sería mejor abordarla de nuevo en otro momento; la tarde iba agonizando lentamente.

Mientras corría, Etoile notaba que las lágrimas brotaban de sus ojos y que se ahogaba, un nudo duro, muy duro, tan duro como si fuera de acero, le apretaba la nuez y la estrangulaba. Necesitaba estallar en un violento sollozo.

Sin dejar de correr, agotándose, se dirigió a la carretera que bordeaba el bosque que ascendía hacia la mansión Lignée, ubicada en lo alto de aquella colina cortada por el lado del océano formando un acantilado.

De la carretera asfaltada nacía el camino forestal o de carro que subía a la mansión.

Se adentró por el camino para regresar a la casa. Había estado con Denis Rasoir al otro lado de la colina, muy lejos de la villa, un lugar que ella conocía bien porque de niña había jugado en aquella arena con el agua del mar, lejos de los demás niños del pueblo, como si fuera una apestada, una niña maldita de la que las madres apartaban a sus retoños como temiendo que les contaminase o perjudicase con sus malos oficios.

—Es una Lignée y, aunque sea una niña, será una bruja —argüían con pleno convencimiento.

Aturdida, jadeante, ahogándose y con los ojos turbios por las lágrimas que aún derramaba y que se deslizaban por sus mejillas, Etoile no se apercibió de unas figuras furtivas que se movían entre árboles- y arbustos, aprovechando que la tarde oscurecía más rápidamente dentro del bosque que junto a la playa.

Amenazaba lluvia, una lluvia fina que, como era normal en la costa bretona, sería persistente y cuando menos duraría toda la noche y quizá luego días y semanas.

—¡A ella! —gritó inesperadamente una voz que se había erigido en jefe de grupo.

Etoile quedó desconcertada al oír la voz, pero mucho más desconcertada al ver cómo aparecían en torno suyo, cercándola, un grupo de no menos de diez personas.

Vestían pantalones y camisas o suaves jerseys, pero todos llevaban la cabeza cubierta por capucha blanca en la que había orificios para los ojos, nariz y boca. En conjunto ofrecían un aspecto fantasmagórico y amenazador.

Etoile se detuvo y buscó entre ellos algún lugar por donde poder escapar, mas no era fácil. Observó que eran chicos y chicas, todos jóvenes y con deseos claros de atacarla.

—¿Qué queréis de mí?

—¡Eres una bruja, Etoile, una bruja! —acusó una de las figuras que la joven Lignée reconoció de inmediato por su voz y aspecto.

—¡Suzanne, es una tontería lo que has dicho!

—¿Quién ha matado a los Goviu? ¡Tú, has sido tú!

—¡¡Noooo!!

—¡A la policía puedes engañarla porque eres una bruja y tienes poderes diabólicos, pero a nosotros no! ¡Vamos a hacerte lo que debieron hacer nuestros antepasados a todas las Lignée, así se habría terminado la casta de las brujas!

Suzanne debía tenerle un odio personal exacerbado. En el internado, Etoile siempre había obtenido mejores notas que ella, incluso más atenciones por parte de las profesoras y varios muchachos a los que Suzanne pretendiera acaparar, se habían fijado en Etoile.

—Suzanne, lo que dices es una tontería, ya no somos niñas. Déjame volver a casa.

—¡No, bruja, no, ahora te daremos tu merecido y otro día se lo daremos a tu tía, así se habrá guillotinado la casta de las brujas Lignée!

Etoile dio un par de pasos hacia atrás, pero al volver la cabeza vio que el cerco se estrechaba también por su espalda, acosándola. Dio un salto hacia la derecha tratando de abrirse camino entre dos de las chicas, pues observando las distintas siluetas pudo darse cuenta de que por la izquierda había muchachos y éstos podían correr más e incluso tenían más fuerza física para dominarla.

—¡Fuera! —gritó, saltando entre dos a las que empujó cuando trataban de sujetarla por los brazos.

Hizo tambalear a una de ellas y a la otra la derribó haciéndola chillar de rabia. Etoile siguió corriendo, pero la perseguían. Le faltaba la respiración, estaba exhausta, y aquellos jóvenes que habían decidido martirizarla la perseguían como perros.

Trató de escaparse por entre unas rocas, mas no lo consiguió. La cogieron por los brazos, la zarandearon y entonces llegaron otros de sus perseguidores que la golpearon con los puños mientras se le echaban prácticamente encima.

Uno de los chicos quiso aprovechar la situación para manosearla, para palpar sus turgencias femeninas que le atraían. Etoile, gritando, sollozando, le dio un mordisco en el dorso de la mano que le hizo sangrar y aullar de dolor.

—¡Canallas!

La golpearon salvajemente, los golpes llovían de todas partes.

—¡Al árbol, al árbol! —gritaba Suzanne como una posesa.

Además de golpeada, fue materialmente arrastrada por el bosque contra su voluntad hasta que se detuvieron junto a un árbol en cuya base y alrededor del tronco habían apiñado la leña en cantidad. Etoile, al verlo, comprendió lo que querían hacer con ella.

—¡No, por favor, os lo suplico, no!

—¡A la hoguera, a la hoguera con la bruja! —chilló Amelie.

Habían enloquecido, se habían retrotraído en el tiempo, Como tantos y tantos millares de seres a lo largo de la historia humana, se estaban dejando llevar por las supersticiones y ansias de hacer el mal, unos deseos que no hacían más que enmascarar en cada uno de ellos un sadismo latente.

Lo habían preparado todo. Hasta tenían una túnica y un cucurucho alto y blanco con palabras obscenas escritas en él. Le colocaron la túnica por encima y el escarnecedor cucurucho sobre la cabeza mientras la empujaban contra la pira.

Con unas cuerdas le ataron las manos a la espalda por detrás del tronco al que la sujetaban.

—¡Bruja, más que bruja! ¡Pídele a Satanás que te libere!

—¡Suzanne, sacadme de aquí! —gemía Etoile.

—¡Hay que quemarla, es una bruja! —arengó otra voz que reconoció como perteneciente a Cybele, que también había sido condiscípula en el internado. Era amiga de Suzanne y siempre terminaba haciendo lo que la pelirroja le pedía.

—Eh, esto ya es suficiente —gruñó uno de los muchachos, mirando a los demás.

—¡No, no, hay que encender la hoguera! —exigió Suzanne.

—Esto ya no es un juego —insistió el chico que protestara antes.

—¡No, claro que no es un juego!

Suzanne cogió el mechero de uno de sus amigos y se inclinó sobre las ramas, comenzando a encender el ramaje. El humo ascendió hacia Etoile, que sollozaba de terror ante la inminente muerte.

—¡No, no me queméis, no!

—¡Quietos, desgraciados!

Todos se volvieron. Pudieron ver al portero y guardabosques de la mansión Lignée que corría hacia ellos con una escopeta de doble cañón que disparó.

Hubieron gritos de dolor, interjecciones; todos huyeron en desbandada, monte abajo.

—¡Hijos de perra!

Gaston volvió a disparar sobre los fugitivos. Pudo reconocer a Suzanne porque ésta, para poder correr mejor, se quitó la capucha.

—No tema, señorita Etoile, no tema.

El guardabosques se apresuró a sacar una pequeña navaja, desnudó su hoja y cortó las ligaduras mientras el fuego crecía. Las ramas crepitaban, amenazando con quemar a la muchacha.

Etoile saltó al suelo, cayó de rodillas y sollozó convulsivamente mientras Gaston trataba de evitar que el fuego se propagara. Una fina lluvia vino en su ayuda, combatiendo la hoguera.

Etoile notó que la espalda se le empapaba. El guardabosques, cogiéndola por el brazo, le dijo;

—Vamos a casa, señorita Etoile, ya no pasa nada, nada.

Etoile se dejó llevar por el guardabosques. Este se tranquilizó algo, ya que

gracias a la lluvia no se iba a propagar el fuego que podía haber devorado el bosque de los Lignée.

Etoile se sentía muy aturdida, dolorida y con náuseas.

Se sentía acosada, acorralada por fieras y con un terrible sentimiento de culpabilidad.

Gaston iba mascullando maldiciones que Etoile casi no entendía al ser mascadas entre dientes.

Llegaron a la casa y Etoile se dirigió a la escalera.

—Gracias, Gaston, gracias.

—Señorita Etoile, si lo llego a saber antes...

—¿Eh, qué pasa? —inquirió su tía Raquel,

Etoile no quiso responder y se fue escaleras arriba.

—¿Qué ha ocurrido, por qué lleva esa túnica sucia y mojada?

—Raquel, ¿por qué gritas? —inquirió a su vez Víctor Lignée, apareciendo con su larga cabellera blanca.

—Querían quemarla viva —explicó el guardabosques conteniendo su indignación.

—¿Cómo? —exclamó el matrimonio al unísono, mirando fijamente al guardabosques.

—Sí. ¿No han oído los disparos?

—Pues no, no los he oído —dijo Raquel.

Víctor inquirió:

—¿Quién quería quemarla

—Los muchachos y muchachas del pueblo llevaban unas capuchas blancas, miren. —Gaston mostró la capucha que había recogido del suelo.

—¿Quien la llevaba?

—Suzanne, la pelirroja, ella era la que gritaba más llamando bruja a mademoiselle Etoile.

CAPITULO VIII

—Deja de gimotear, Jean, eres un estúpido —cortó su madre, nerviosa.

—Es que Etoile no me quiere.

—¿Cómo te va a querer, si eres un cretino? —exclamó la madre, agresiva hacia aquel hijo hecho un hombre físicamente, pero sin madurez mental, una madurez que Jean Lignée jamás alcanzaría.

—¡Yo la quiero, quiero a Etoile!

—Será tu muñeca, tu muñeca grande, no te preocupes. Os casaremos. Tu padre está gastando muchos francos para conseguir los papeles.

—¿Qué papeles?

—Los que hacen falta para que un cretino como tú pueda casarse con su prima. Hay que tapar muchos ojos y bocas.

Era evidente que Raquel estaba profundamente molesta. Había exigido al guardabosques que reforzara la vigilancia para que no se acercaran intrusos. Jean le había hablado también del hombre de la moto que se había llevado a Etoile.

Hacía dos días que la muchacha permanecía encerrada en su habitación, sin que consiguiera hablar con ella. Raquel había pensado en llamar a! doctor por si le había pasado algo grave en el ataque sufrido por los encapuchados blancos que pretendieran quemarla viva.

Víctor se había marchado al comercio de paños que tenía en la villa, advirtiéndole previamente que no llamara a nadie y que tampoco denunciara el hecho a la policía.

Había acudido al comercio con naturalidad, puntualmente, pese a que el comisario Decanié, que estaba totalmente desorientado, había ido a verle para hacerle algunas preguntas más.

—Etoile, ¿abres la puerta? —pidió su tía por enésima vez.

Al fin se abrió la puerta del dormitorio. El rostro de la muchacha apareció invadido por una gran palidez.

—Etoile, hija, estás que das pena. ¿Te quieres consumir?

—No, no.

—Cenarás.

—No tengo apetito y si comiera me haría daño.

—Comerás, ya veré que sea algo que no te perjudique. No has debido encerrarte como lo has hecho.

—Deseaba estar sola.

—Eres una maniática, y ahora explícame quién es el chico de la moto.

—No lo sé.

—¿No lo sabes? Jean dice que te marchaste con él.

—Para huir de Jean, quería abusar de mí.

—Vamos, no desquicies las cosas, Jean es como un niño. Cuando os caséis tendrás que conducirlo tú un poco para que todo vaya bien y los Lignée

tengan descendencia.

—No me casaré con Jean jamás.

Había tal determinación en los ojos verde esmeralda de Etoile que enfureció a Raquel, una mujer de ordinario despótica e intolerante.

—Tú harás lo que más convenga, eres una Lignée.

—¡Odio ser una Lignée!

Dio un violento portazo y, antes de que Raquel pudiera evitarlo, volvió a encerrarse en su alcoba.

Raquel golpeó la puerta con su puño, exigiendo furiosa:

—¡Abre, abre!

La puerta continuó cerrada. Raquel expulsó el aire de sus pulmones a través de sus dientes cerrados, por los resquicios que quedaban entre ellos, y descendió la escalera hacia el salón de la mansión. Se encontró a Jean al pie de la escalera.

—Mamá, ¿se casará Etoile conmigo? —gimoteó Jean.

El cretino se llevó la furia de Raquel en forma de sonora bofetada.

—¡Cuando hagas algo, hazlo bien, así habrá menos problemas para que esa remilgada se case contigo!

—Mamá, no te entiendo...

—Pues lo entenderás, ya te lo explicará tu padre, imbécil. ¿Por qué habrás salido tan idiota? —Bufó—. Esperemos que el niño que le encargues a Etoile sea más espabilado.

—¿Qué sucede? —preguntó Víctor Lignée entrando en la mansión y procediendo a quitarse el grueso abrigo de paño empapado por la fina lluvia.

No es que hiciera frío, pero parecía que el cuerpo extremadamente alto y delgado de Víctor Lignée no hubiera de resistir bien el frío. Su semblante, de ordinario pálido, se podía ver más blanco aún.

—Etoile ha abierto su puerta y se ve muy pálida, muy mal. Si sigue así enfermará de verdad y tú, que no quieres que entre el doctor en casa, tendrás que llamarlo.

—Tranquila, Raquel, yo hablaré con ella esta noche.

—No te dejará, se ha vuelto a encerrar. Le he pedido que cene.

—Prepararás una cena suave para ella y yo mismo se la subiré, verás como no pasa nada. La muchacha está dolida por lo que le ocurrió. No olvides que quisieron quemarla viva en el bosque y, para una Lignée, eso siempre es una situación que causa verdadero espanto. ¿O te gustaría a ti morir quemada viva?

—¿Morir yo en una hoguera? —repitió la mujer, estremeciéndose.

—Sí, tú también eres una Lignée y ya sabes lo que eso significa para las gentes de Ville Angelic.

Raquel sintió un escalofrío recorriendo su espinazo, tan seco como sus dedos endurecidos, aquellos dedos que aún seguían marcados en el rostro de Jean.

—No digas tonterías, Víctor. Además, estábamos hablando de Etoile, no

de mí.

—Es una chica muy hermosa y estoy seguro de que dará buenos hijos.

—Sí, la casaremos con Jean.

—Es una pena casarla con Jean. He consultado con médicos y parece que casándose con un cretino existen muchas posibilidades de que salgan hijos cretinos también.

—Eso se dice, pero no es seguro.

—Hay muchas posibilidades de que ocurra —insistió—, claro que si no es Jean el que la fecunda... Ya pensaré en eso. Tú ve preparando la cena.

—Aguarda, Víctor...

—¿Qué pasa?

—Tú has querido insinuar algo —insistió ella indignada mientras las pupilas de su esposo brillaban maliciosas.

—A veces gritas por la noche, Raquel, te despiertas y gritas... Yo sé que te acuerdas de mi hermano y de su esposa. Naufragaron y tú sabes lo que sucedió.

—Víctor, no avives recuerdos olvidados —suplicó temblorosa.

—Tú eres una Lignée, de segundo grado por sangre y de primero al casarte conmigo. Sabes lo que eso significa, ¿verdad?

Toda la arrogancia, el despotismo, la seguridad de Raquel, acababan de desvanecerse.

Tenía miedo a su propio marido porque conocía sus poderes y en aquellos momentos le estaba haciendo recordar algo sucedido hacía años.

Una noche, había brotado dentro de ella el espíritu que poseían todas las Lignée, la sangre de las brujas que pasaba de unas a otras, engendrándose de vientre a vientre.

Raquel había salido volando en busca de Satanás para participar en un aquelarre. Había volado por en cima del acantilado y se había adentrado en el mar hasta ver una embarcación, un barquito de pesca reformado y con pretensiones de yate.

Allí estaban su cuñada y su cuñado, asustados, en mitad de la noche. Les había aterrorizado con sus carcajadas demoníacas; luego, había corrido de un lado a otro del barquito. Recordaba que había reído mucho, que había pronunciado horribles y sacrílegas obscenidades y tras hacer que se ocultaran dentro de la embarcación, le había prendido fuego y después se alejó volando para reunirse con Satanás.

Aquella había sido su noche más violenta en el amor carnal, y casi hubiera podido jurar que el macho cabrío era el mismísimo Víctor que se reía de ella.

—No, no, Víctor, no me hagas recordar el pasado —balbució suplicante.

—Tú harás todo lo que yo te diga, ¿verdad?

—Sí, claro...

—Todo, todo, todo.

—Sí, todo, todo.

—Tengo muchos medios para castigarte, Raquel, tú lo sabes. Si te pido

que me prepares la cama en la que no vas a yacer tú precisamente, ¿qué harás?

—-Te la prepararé, Víctor, te la prepararé —asintió, respirando de una forma penosa, como si faltara oxígeno en el aire.

—Bien, Raquel. Ahora ve y prepara una cena suave para Etoile, hay que ayudarla y cuidarla. Ella es la futura madre del heredero de los Lignée.

—¿Y Jean?

—Será el compás de espera. No se puede dejar todo en manos de Jean, sería aniquilar la dinastía de los Lignée. Hace falta ser muy astuto para seguir en el negocio de los paños. Hay que estar siempre entre las telas, esperando que uno de los habitantes de Ville Angelic entre en la tienda sonriente, saludando nerviosamente, cuando ha estado siempre criticando a los Lignée como todos en el pueblo... Después se interesa por los paños y, mientras se los muestras, ves que suda, que sus manos tiemblan y empiezas a sonreír. Ese es el momento cumbre de los Lignée. Luego el cliente, ya que no deja de ser un cliente, pues siempre se acaba llevando ropa, te explica sus problemas, sus dificultades. Que le hace falta dinero, que el Banco no le presta... Le haces sudar más y más mientras le replicas que los tiempos son malos. El insiste, casi se marcha, pero lo detienes diciéndole que por ser conocido puedes favorecerle. Te pide dinero, una cantidad, tú se la rebajas un poco. El te da un plazo de devolución y una garantía, sobre todo una garantía y, después, a firmar el documento de préstamo sin interés. En esos momentos te firman todo lo que pidas, aunque sea la sentencia de muerte de su propia madre. El préstamo es por el doble de lo que realmente le das. Protesta un poco, le explicas que son los intereses, pero que no puedes ponerlo, no estaría bien, y así queda cubierta la defensa ante una posible acusación de usura.

—Eres muy listo, Víctor, muy astuto.

—Jean no podría estar solo al frente del comercio de paños, porque si tuviéramos que vivir de la venta de paños habríamos desaparecido. Ahora, ve a la cocina y cuida a Jean; eso sí, será el padre del futuro heredero de los Lignée aunque sólo lo sea de nombre...

La mujer se fue a la cocina y preparó la cena de Etoile. Raquel se movía nerviosa, desasosegada. Cuando Víctor se lo proponía, su figura se agigantaba a sus ojos y le temía. Víctor la podía hipnotizar si quería, la dominaba completamente. La había golpeado en más de una ocasión con la fusta de montar a caballo, mas nadie se había enterado de aquellos azotes.

Mostró la bandeja de la cena a Víctor, que se había puesto un traje negro como sus pupilas y que alargaba aún más su figura.

Tomó la bandeja y, sin decirle nada a Raquel, subió despacio la escalera en busca del dormitorio de Etoile.

—Abre, te traigo un poco de cena.

Etoile dudó, pero no era la voz de su tía sino la de su tío y, si bien Raquel le había propinado algunas bofetadas, temía mucho más a su tío Víctor.

Etoile abrió la puerta y dijo:

—No tengo apetito.

—Vamos, vamos, debes comer.

Entró, casi empujando a la muchacha, y cerró la puerta a su espalda. La estancia estaba iluminada por los dos candelabros, uno de cuatro velas y el otro de tres, sumando en total siete velas.

—Ahora comerás un poco.

—No tengo apetito.

—Pues comerás. Anda, siéntate —le pidió que se sentara frente a la mesita sobre la que había colocado la bandeja.

—Tío Víctor...

—¿Sí?

—¿De verdad las Lignée somos unas brujas?

—Tú eres una Lignée, no cabe duda. Huy, qué ojos más lindos, déjame ver...

Tornando una sola vela del candelabro, la acercó al rostro femenino como para poder observar mejor sus maravillosas pupilas verde esmeralda.

—¿Por qué me mira de esa forma?

—Tus pupilas son muy hermosas. Toda tú eres joven y hermosa, Etoile, pero ahora te veo cansada, muy cansada.

—Estoy cansada.

—Cierra los ojos. Tus párpados pesan, tienes un suave calor y te gustaría dormir.

—No, no quiero dormir —rechazó Etoile, pero ya con los ojos cerrados.

—Estás dormida, Etoile, estás dormida.

—No quiero dormir. Por favor, no quiero dormir ahora.

—Luego cenarás; ahora duerme, duerme, nada te pesa. Aligérate, el espacio se vacía a tu alrededor. No hay noche ni día, no hay cielo ni tierra. Nada te oprime, eres libre. Cuando chasquee los dedos por tres veces, después de darte un soplo en los ojos, despertarás, pero no recordarás nada de lo que ahora te diga. Cuando despiertes, cenarás, tranquila, despacio, sin prisas. Comerás porque has de vivir. Luego, sobre la cómoda, encontrarás un tarro oscuro, un tarro que ya conoces y frotarás tu cuerpo desnudo con ese ungüento. Escucha bien lo que te digo, Etoile, escúchame...

Siguió vertiendo su verbo maligno y demoníaco, un verbo que iba destruyendo poco a poco el espíritu de su víctima.

CAPITULO IX

Vio la bandeja con la cena delante de sus ojos. Sintió hambre de pronto y comenzó a comer. Tomaba los alimentos con fruición, con un apetito que nunca había sentido.

Una vez concluida la cena, suspiró, sintiéndose satisfecha. Se levantó de la silla y se movió por la estancia como danzando, tarareando una canción que no recordaba haber aprendido nunca.

Se sentía muy bien. Abrió la ventana de par en par; afuera llovía sin fuerza con desmayo, como lloran unos ojos resignados, sin esperanza, como caen las gotas de rocío de las estiradas hojas de un sauce llorón.

Se tumbó en la cama y pensó en un hombre, en su moto. Le vio saltando entre los árboles por encima de las rocas. La máquina semejaba un brioso corcel alado capaz de remontarse y volar.

Veía a Denis sobre la moto, mostrando los músculos, el vello de su tórax, el cabello como esponjado por el viento, con una alegría sana en su boca. Le vio subir y subir hacia la casa mientras el cielo se oscurecía.

Llegaba con su trepidante motocicleta de trial hasta la terraza y de pronto se alzaba, brincaba por encima de la balaustrada desapareciendo hacia el abismo que el joven ingeniero desconocía.

—¡Nooooo!

Notó un fuerte ahogo en su pecho y se llevó las manos a él. Sintió la desgarradora angustia de ver en su mente como Denis desaparecía por el acantilado mientras agitaba la mano como despidiéndose de ella, y lo hacía sonriente.

Se sentó en el borde de la cama y miró en derredor.

Toda su alegría se había esfumado y la habitación se le antojó más oscura y siniestra. Las velas encendidas seguían iluminando la estancia, proyectando sombras contra las paredes.

Etoile odiaba las velas, las odiaba profundamente porque le hacían ver la vida más lúgubre de lo que era.

Dejó la cama, se acercó a la puerta y pasó el cerrojo, encerrándose. Se dirigió a la ventana que daba al acantilado, pues sólo un trozo de terraza le impedía verlo por completo, y apareció la noche negra y lluviosa. No se veía nada, pero el mar batía rugiendo.

Tenía la obsesión de que Denis Rasoir había caído al mar y quien caía al mar en aquel lugar podía darse por muerto.

—No, no puede ser, estoy atontada y muy débil también, he pasado muchos disgustos. Denis, te amo, te amo, sácame de aquí, te lo suplico, sácame de aquí o enloqueceré.

Al extender su mirada, vio el espejo de la cómoda, aquel espejo que colgaba del muro y que en su parte superior se hallaba algo separado para que Etoile pudiera contemplarse mejor.

Quiso mirarse, debía estar muy pálida. Se acercó y se miró al espejo, pero a] descender sus pupilas, descubrió aquel tarro que tenía tapa de ébano negro con la talla en sobrerrelieve de un macho cabrío que parecía mirarla con unos ojos malignos como los de su tío Víctor.

De pronto, se sintió atraída por aquel tarro que ya conocía. Alzó sus manos y lo rodeó con ellas como dándole calor con sus palmas. Lo destapó y aquel olor que casi era hedor a hierbajos, se metió por sus fosas nasales, la envolvió y enturbió su mente.

Comenzó a actuar de una forma sistemática, como si a partir de aquel momento sólo cumpliera órdenes.

Fueron saltando botones y cintas y el vestido se deslizó por sus piernas hasta quedar en el suelo, rodeando los tobillos. Siguió la ropa interior y pudo ver sus turgencias femeninas, su desnudez integral.

Metió los dedos en el interior del tarro extrayendo una porción de aquella jalea oleosa de color marrón que olía muy fuerte, embriagándola con su extraño hedor.

Se la aplicó en las axilas, en los costados, frotando con las yemas de los dedos para que penetrara en su piel joven y tersa. Así prosiguió en sus pechos y el alto de sus piernas.

Notó que tenía calor, mucho calor, tanto como si las ropas que yacían a sus pies se hubieran incendiado. Al mismo tiempo que sentía calor, tenía deseos de reír, pero reír de una forma estentórea y maligna.

Experimentó deseos obscenos e incontrolados que ella no podía dominar en absoluto y comenzó a reír con fuerza.

Danzó por la habitación con violencia, con desgarro, frenéticamente, como si de pronto hubiera irrumpido en un sabbat como una discípula satánica más.

—¡Soy una bruja! —rió—. ¡Soy una bruja!

Vio entonces que las sábanas de la cama se habían tornado negras cuando poco antes eran blancas. Cogió una de ellas y se envolvió como si fuera una capa.

Entonces, sus pies se despegaron del suelo como si poseyera la facultad de la levitación. Voló por la estancia y le pareció hallarse rodeada de otros seres deformes que chillaban, que se ayuntaban entre ellos, súcubos e íncubos, era una amalgama infernal que la hacía reír cuando quizá hubiera deseado gritar de terror al verse en medio del aquelarre.

Voló hacia la ventana y salió de la mansión lanzándose en dirección al mar. Vio las olas a sus pies, rugiendo bajo la lluvia. Etoile volaba bajo la tormenta sin mojarse.

—¡¡Soy una bruja!!

Voló en círculo, rodeó la mansión y sin perder de vista el mar de la Bretaña francesa, se dirigió a Ville Angelic que bajo la lluvia tenía aún muchas ventanas iluminadas, aunque por la calle apenas deambulaba nadie.

Etoile sobrevoló el pueblo varias veces, como complaciéndose en tenerlo bajo sus pies. Se mantuvo alejada de la torre de la iglesia cuando, de pronto,

un relámpago sarmentoso la estremeció, haciéndole perder altura y caer hacia atrás.

El rayo cayó sobre el pararrayos de la iglesia al tiempo que un trueno desgarraba el silencio, haciendo temblar las piedras.

Cuando Etoile se recuperó, descendió sobre una casa algo separada de las demás, al lado sur de la villa. Aquella casa tenía un patio granja hermoso y bien cuidado donde no había animales porque se habían refugiado para huir de la lluvia.

Descendió hasta una ventana iluminada. Puso sus manos sobre ella y la empujó, franqueándola sin dificultades. Entró en la alcoba riendo estremecedora mente.

—¡Etoile! —exclamó Suzanne que estaba en la cama leyendo un libro.

—He venido a buscarte, Suzanne. Soy una bruja, sí, tú lo sabías.

Suzanne mostraba el espanto reflejado en su rostro de pómulos abultados. Etoile cogió una capucha blanca que había sobre la mesita de noche y se la puso a Suzanne ocultándole la cara, aunque el cabello rojizo salía por debajo de la capucha.

—¡Vete, bruja, márchate, márchate! —suplicó Suzanne.

—Tú querías quemarme viva por bruja, ¿verdad, Suzanne?

—¡No, no me hagas daño, te lo suplico!

—Suplica, suplica ahora que estás sola...

Etoile soltó una brutal carcajada y comenzó a golpearla sobre el rostro encapuchado, un rostro que se bamboleaba a un lado y a otro.

El terror se había apoderado de Suzanne. Su rostro se desencajaba bajo aquella capucha que había sido idea suya para agrupar muchachas y muchachos y así unidos atacar a las brujas.

—¡Ahora pagarás todo lo que me has hecho, todo!

Vas a sufrir hasta que te arranques los cabellos de dolor. Te llevaré a los infiernos y te entregaré a Satanás para que seas la ofrenda principal y viva en el mayor de los aquelarres.

—¡¡Nooo!!

Suzanne, gritando, saltó de la cama. Sólo se cubría con unas pequeñas panties y no cogió ninguna prenda más. Consiguió llegar a la puerta de su habitación y escapar por ella mientras Etoile reía, poseída por los diablos que brincaban dentro de su mente.

Cuando Etoile, siempre volando; aunque ahora con los pies cerca del suelo, salió de la habitación, descendió por una escalera. Cruzó unas estancias y salió al patio de la granja donde continuaba lloviendo.

Descubrió de pronto el cuerpo de Suzanne, balanceándose en el aire. Con la capucha puesta, la pelirroja colgaba de una cuerda atada a un árbol que había en el patio. Sus pies desnudos se iban empapando de la lluvia que caía sobre su cuerpo desnudo y ahorcado mientras Etoile volaba a su alrededor, como satisfecha de su venganza.

Luego se elevó en espiral hasta desaparecer entre las nubes que lloraban


sin convulsión, despacio, casi con desmayo.

CAPITULO X

El juez, con gesto ceñudo dentro del amplio despacho y en presencia de los herederos de los Goviu, el comisario Decanié, dos gendarmes y el propio Víctor Lignée, sentenció:

—...Todo cuanto queda especificado en el pagaré, es decir, la casa de los Goviu ubicada en... y el barco que se hallaba en dique seco, pasa a ser propiedad de monsieur Víctor Lignée y no por ley de herencia, sino en concepto de deuda vencida antes de la muerte del matrimonio Goviu, por lo que las tasas fiscales no serán cargadas como herencia, etc., etc...

Los sobrinos segundos del matrimonio asesinado miraron con odio a Víctor Lignée. Este, grave, muy en su papel y con una presencia que imponía, una presencia que no se dejaba aplastar por los demás, cuando el juez hubo concluido sus decisiones, advirtiendo que se podía recurrir por vía judicial contra lo anteriormente expuesto, dijo:

—No tendré ningún inconveniente en aceptar un precio justo por todo lo que ahora me pertenece a consecuencia del préstamo vencido. No deseo quedarme efectos personales que pertenecieron a los Goviu, por ello si desean recuperar la herencia, pasen por mi comercio de paños que tendré mucho gusto en atenderles. Estoy seguro de que llegaremos a un acuerdo razonable.

Los herederos, frustrados, decepcionados, no estaban para sonrisas; _sin embargo, aceptaron la mano de Víctor Lignée, comprendiendo que si querían agarrar algo de la herencia deberían ponerse de acuerdo con aquel hombre fantasmagórico, tan alto y delgado, de cabellos blancos, un hombre que semejaba más anciano de lo que realmente era, aunque sus movimientos, lo mismo que sus gestos o miradas, indicaban que dentro de él había una gran vitalidad dominante. No era un hombre de huesos fosilizados, quebradizos, que pudieran romperse y no volver a recomponerse; era un hombre de acero que no se doblegaría con facilidad.

El comisario Decanié se acercó a Víctor Lignée. Mirándole muy inquisitivamente, pese a saber de antemano que no iba a amedrentarlo, dijo:

—Todavía está por resolver el doble asesinato.

—¿Está tratando de decirme que si me encontrara culpable no heredaría nada?

—Algo así.

—Pues se equivoca, porque no heredo, sino que obtengo por vía legal una deuda de los Goviu, de la cual yo era acreedor. En realidad, todo me pertenecía antes de que ellos murieran.

—Sí, pero es posible que los Goviu le hubieran puesto muchas dificultades para dárselo todo, ¿no cree?

—Si desea acusarme de asesinato, busque una orden, comisario, pero me temo que haría el más espantoso de los ridículos entre sus colegas, y usted lo sabe.

El comisario buscó su pipa. Mientras la limpiaba un poco, comentó:

—Ha sido muy triste la muerte de esa muchacha, Suzanne.

—Dicen que ha sido un suicidio; no son raros entre la juventud. ¿Fumaba drogas?

—Aún no me ha llegado el resultado de la autopsia, pero tengo la sensación de que no es suicidio.

—Accidente tampoco puede ser; supongo que usted pensará que ha sido asesinato.

—Quizá.

—¿Y quién podría asesinar a una muchacha? Dicen que se ahorcó, tenía las manos y los pies libres.

—Sí, y en el suelo no quedaron huellas porque llovió por la noche.

—No se complique tanto la vida y no vea fantasmas donde no los hay, comisario.

—Resulta que he recibido algunas confidencias.

—Ya, y deben decirle que el asesino soy yo. ¿También en este caso? —Se rió burlón, sin estridencias.

—Dicen que Suzanne capitaneaba un grupo de muchachas v muchachos que trataron de perjudicar a la sobrina de usted.

—¡Intentaron quemarla viva, comisario! Gracias al guardabosques no lo consiguieron, es más, sé que el doctor ha tenido que visitar a más de uno de esos canallas para sacarles perdigones del cuerpo.

—Usted no presentó ninguna denuncia al respecto.

—No quise envenenar más el ambiente en esta villa. Los pueblos pequeños no están llenos de amistad como pregonan quienes rechazan las grandes ciudades como París o Marsella: las pequeñas poblaciones están llenas de odios ancestrales que se heredan entre familias. A los Lignée se nos odia un poco, por eso quisieron dañar a mi sobrina. Suzanne, Amelie y Cybele, son jóvenes de esta misma villa que coincidieron con mi sobrina en el mismo internado y el odio ha aumentado entre ellas porque Etoile ha venido sacando mejores notas, no se lo perdonan. Esa juventud está como desquiciada. Ustedes deberían controlarla un poco mejor, claro que si intentan alguna barbaridad más acerca de mi sobrina o alguien de mi familia, mi reacción será drástica. Se van a arrepentir, se lo aseguro.

—Verá, monsieur Lignée, esos muchachos están atemorizados Piensan que la muerte de Suzanne se debe a la venganza de los Lignée.

—Pues que lo digan bien alto y así podré encausarles por calumnia.

—Y hará usted bien. Esta tarde o mañana pasaré por su casa, me gustaría hacerle algunas preguntas a su sobrina. Me han dicho que últimamente no se la ve por la villa.

—Es cierto, no baja porque está muy afectada y tiene miedo de que esos salvajes la vuelvan a atacar.

—¿Ha llamado usted al doctor?

—No, no ha sido necesario. Ahora, si me disculpa, tengo mucho que hacer.

Sin darle oportunidad a que continuara con aquel interrogatorio disimulado, salió del despacho. El comisario quedó allí obviamente preocupado.

Víctor Lignée utilizaba para sus desplazamientos una berlina jalada por un caballo resistente que, pese a tener algunos años, subía bien la cuesta hacia la mansión.

Víctor Lignée rechazaba los vehículos a motor, los automóviles, y cuando raramente viajaba a París, tomaba el autobús regular. Regresó a su casa y al detener el cabriolé descubrió a Etoile sentada en un banco que había frente a la casa, un banco de piedra tan antiguo como la propia casa, un banco que había visto pasar a varias generaciones de los Lignée.

Etoile se veía pálida, muy deprimida; seguía apareciendo muy hermosa, aunque le faltaba la alegría propia de su juventud. Víctor Lignée detuvo la berlina, saltó al suelo v se acercó a su sobrina.

—Etoile, ¿te encuentras bien?

Ella alzó despacio sus ojos. Mirándole, preguntó:

—¿Qué ha pasado con Suzanne?

Etoile no había bajado a la villa y tampoco nadie había subido a explicarle nada. No había visto a Denis Rasoir desde que le dejara en la playa. En realidad estaba como incomunicada, aunque no se apercibía bien de ello, pues lo atribuía a su propia voluntad de no querer bajar al pueblo, de no desear hablar con nadie.

—Tú sabes muy bien dónde está Suzanne.

A Etoile le temblaron los labios como si de pronto la hubieran sumergido en la bodega de un pesquero, repleta de hielo.

—Tú lo sabes todo, ¿verdad, tío Víctor?

—Sé muchas cosas, tengo ya bastantes años. Tú eres una muchacha que pronto, muy pronto, se casará.

—¿Casarme? —repitió con asombro.

—Sí, estoy acelerando los trámites. Sé lo que hay que hacer y cómo debes defenderte de quienes sólo desean dañarte, déjate llevar por mí.

—Yo no quiero casarme, quiero irme de aquí.

—Tonterías, a ti te conviene hacer lo que yo te diga. No querrás que la policía te lleve a unos calabozos hasta el día en que introduzcan tu cabeza en la guillotina y... Sería una pena ver caer tu cabeza ensangrentada separada de un cuerpo tan joven y hermoso. No puedes alejarte de aquí; si lo hicieras, la justicia te perseguiría, sólo quedándote aquí, obedeciéndome, estarás protegida. Aquí, haciendo lo que yo te diga, no correrás ningún peligro.

De súbito, les sobresaltó un ruido que casi era un rugido, un rugido peculiar que obligó a ambos a girar la cabeza. A Etoile le brillaron los ojos y su corazón semejó saltar dentro del pecho. De reojo, Víctor Lignée observó que el pecho duro y turgente subía y bajaba, reflejo de su respiración alterada.

—¿Qué es eso?

—¡Es Denis! —exclamó Etoile al verle venir hacia ella montado en su

máquina de trial, cabalgando sobre ella como si fuera un Pegaso, el mítico caballo alado.

—Ya, es el joven motorista que golpeó a Jean —gruñó Víctor Lignée muy molesto. Vio en Denis Rasoir a un enemigo peligroso, muy peligroso a juzgar por el modo con que Etoile le miraba.

Denis se detuvo frente a ellos en medio de un gran estruendo. Paró el motor de la CZ checa, reformada por él en varios de sus mecanismos.

—Hola, Etoile. ¿Cómo te encuentras?

—Denis... —Vaciló y entonces, semejó recordar que no estaban solos como hubiera deseado—. Te presento a mi tío Víctor, es como un padre para mí.

Ambos se miraron, Denis tampoco pareció simpatizar con aquel hombre alto y delgado de cabello largo y blanco que gustaba de aparecer casi como un brujo con poderes sobrenaturales. Por su parte, Víctor Lignée abrió su delgada boca para decir tajante:

—Joven, no quiero verle más por aquí. Si entra en mis propiedades con esa monstruosa máquina, tendrá que sufrir las consecuencias.

—¿Que va a hacer, llamar a la policía? —le preguntó sarcástico.

—Puedo hacerlo. Usted está en mi finca sin mi permiso.

—No lo hará. Usted es un hombre que no gusta de la policía.

—Vamos adentro, Etoile, Ya le daré a este joven la lección que merece.

—No, tío Víctor, yo le quiero.

—¿Cómo?

—Etoile, debes escucharme. Desde que comprendí que ocurrían cosas extrañas contigo, te investigué.

—¡Fuera, fuera de aquí, maldito! —gritó Lignée.

—Etoile, no le oigas a él y escúchame a mí —pidió Denis apremiante—. Tú no llevas sangre de los Lignée, no eres una Lignée como supones.

—¿Qué dices, Denis? Soy una Lignée, mi padre era hermano de tío Víctor.

—Muchacho, ¿tú ves este dedo? —preguntó sorpresivamente Víctor Lignée, alzando el dedo índice frente a sus propios ojos.

—¿Qué pretende? —silabeó Denis.

—¿Tú lo ves? Míralo bien, míralo porque es importante que lo hagas. Estás muy nervioso y debes tranquilizarte —le dijo moviendo el dedo a derecha e izquierda, lentamente.

Denis Rasoir, que se había informado bien respecto a Víctor Lignée, comprendió lo que éste pretendía, nada más y nada menos que hipnotizarle. Le dio al pedal de la moto poniéndola en marcha de nuevo y haciendo un gran estruendo. Cogió a Etoile por la cintura y jaló de ella, subiéndola en la moto.

—¿Qué haces, maldito? —rugió Víctor Lignée tratando de impedir que Denis se llevara a la pálida y desconcertada Etoile.

Mas Denis dio gas a su potente CZ de trial y ésta brincó hacia delante. Víctor Lignée no consiguió derribarla y cavó al suelo cuan largo era.

—¡Víctor, Víctor! —gritó Raquel, saliendo a la puerta de la mansión.

Vio desaparecer a la pareja a bordo de la moto y al tétrico Víctor Lignée tendido en el suelo, engarfiando sus manos huesudas en el aire como si pretendiera agarrar a la joven Etoile que ya estaba lejos de su alcance, monte abajo.

Desaparecía de sus ojos, con aquel ruido de motor que odiaba mientras maldecía entre dientes:

—¡Satanás, Satanás, ayúdame para alcanzarlos, ayuda a tu fiel discípulo Lignée!

CAPITULO XI

—Te presento a Maurice, a Helga y a Lovia. Como verás, son gemelas y hablan muy poco francés.

Etoile las miró con simpatía aunque se sentía aún desconcertada para reaccionar bien, como hubiera deseado.

—Nos ha dado la lata con Etoile por aquí, Etoile por allá. Está perdidamente enamorado de ti, Etoile —dijo Maurice rompiendo el hielo con su habitual buen humor.

—No le hagas caso, es un bocazas —protestó Denis.

—Me alegro de conoceros; me sentía muy sola.

—Nosotras seremos tus amigas —le dijo Helga.

—Sí, nosotras tus amigas —ratificó Lovia con su pésimo francés.

—Ya lo ves y no vayas a creer que Denis... Bueno, lo que se puede imaginar. No, ellas dos en un cuartito a solas. Sólo quieren aprender francés y yo, sin comerme un roscón, siempre me pasa igual. Cuando estoy cerca de Denis, al principio parece que voy a ser el más feliz de los machos, pero luego, rien de rien.

—Maurice es muy bromista —dijo Helga.

—Sí, no hay que hacerle demasiado caso. Bueno, Etoile y yo nos tenemos que marchar; si no regresamos hasta mañana no os preocupéis.

—Caramba, ¿hasta mañana? —inquirió Maurice, sorprendido.

—Si viene alguien preguntando, decidle que hemos ido a ver a un médico. Etoile no se encuentra muy bien.

—¿De verdad tú no encontrar bien? —insistió Lovia.

Etoile miró a Denis preocupada, sin saber si asentir o negar.

—¿No le veis la cara? Volveremos en cuanto podamos. Por lo visto, el médico local no es el que mejor la ha tratado. Ahora tenemos prisa, au revoir!

Etoile se dejó llevar. No sabía decir que no a nada; no tenía la viveza, la fuerza que tuviera en la playa para alejarse corriendo de aquel joven que la seducía, que la llevaba por donde él quería y que tenía la sensación de que sí se preocupaba por ella.

Salieron de la pensión. Denis la hizo pasar al interior de su «Citroën» CX Prestige y él se colocó al volante del veloz automóvil. En menos de un minuto salían de Ville Angelic.

—¿Adónde me llevas?

—A ver a un médico.

—¿Piensas que estoy loca? No quiero someterme al suero de la verdad.

—No, no creo que estés loca. Tampoco te iría mal pasar por un .psiquiatra, pero para que te tranquilizara; sin embargo, nada de eso vamos a hacer ahora. Te llevo a un lugar diferente, está a poco más de cien kilómetros de aquí, es un pueblecito pequeño.

—¿Cuál?

—Pont-l'Abée.
—¡Si allí nací yo!
—Exacto, allí naciste tú.
—¿Tiene algo que ver con lo que me has dicho acerca de que no soy una Lignée auténtica?
—Sí, pero déjalo para luego. ¿Qué te hicieron esos cafres de las capuchas?
—Prefiero no recordarlo.
—Pues se ha comentado por la ciudad que estuvieron a punto de quemarte viva. Hay gente en la villa que repudia esa locura, pero desgraciadamente otros muchos creen de verdad que eres una bruja y que no habría sido nada malo que te quemaran.
—Me odian.
—Esa gente todavía cree en la magia, en las brujerías, en los espíritus malignos. Lavarles el cerebro a estas alturas es imposible, habrá que esperar a que vengan nuevas generaciones; no obstante, parece mentira que hayan sido precisamente los jóvenes los que han tratado de cometer esa barbaridad contigo, claro que la culpa la tuvo esa loca de Suzanne.
—Pobre Suzanne, se ahorcó.
—Eso indica hasta qué punto debía haberse puesto en manos de un psiquiatra; sólo deseaba hacerte daño.
—Yo la obligué a ahorcarse.
—¿Tú?
—Sí, tendré que explicártelo.
—Adelante, pues. Aún tenemos un ratito de carretera antes de llegar a Pont-l'Abée.
—¿Prometes no contárselo a nadie?
—No, mientras tú no me levantes la promesa.
—Está bien. Yo estaba en mi habitación cuando vi un tarro oscuro con la cabeza del diablo tallada...
Denis Rasoir la llevó a la casa del médico de Pont-l'Abée, mas no les atendió el médico titular sino el padre de éste, ya jubilado.
—Hola, ¿ésta es Etoile? —preguntó el viejo sentado en una butaca cerca de la chimenea, con las piernas cubiertas por una manta de cuadros.
—Sí, es Etoile.
—Debía de ser bonita; ya lo dije cuando nació.
—¿Usted ayudó a mi madre en el alumbramiento?
—Sí, muchacha. Tu madre tocaba muy bien el piano, hubiera podido ser una buena concertista, pero la vida es así. Se conformó con ser sólo profesora en París. Yo la oí tocar en una reunión en casa de un colega de París y era maravillosa. Disculpad que no me levante, pero ya estoy muy viejo.
—Ignoraba que mi madre supiera tocar el piano.
—Yo nunca hablé de lo que pasó pese a que han estado aquí haciendo preguntas y más preguntas. Sólo tú, muchacha, tenías derecho a saber la verdad, claro que este muchacho es tan listo que me sonsacó. Estos chicos de

hoy en día son demasiado astutos, empiezan halagándote y acabas hablando, hablando. Hablar es el vicio de los viejos, rememorar las cosas, lo que hemos vivido.

—¿Ha estado aquí Víctor Lignée para que usted hiciera una confesión, doctor?

—Sí, ese hombre tan alto que parece un mago, con los cabellos blancos y largos.

—Es él, no cabe duda —asintió Etoile.

—Anda, siéntate —invitó Denis a la joven—. Estoy seguro de que el doctor querrá explicarte la verdad sobre tu nacimiento.

Se sentaron; estaban cómodos, aunque Etoile se hallaba obviamente nerviosa.

—Un día llegó aquí un matrimonio, no era joven y tampoco viejo, más bien maduros. Con ellos viajaba una mujer que era hermana de la esposa, lo cierto es que se notaba en sus rasgos que eran hermanas. Ocuparon tres habitaciones del pequeño hotel que da al mar, me acuerdo muy bien de ellas. Ambas eran hermosas, especialmente la más joven de ellas...

—¿Mi tía?

—No, tu madre, la que estaba encinta, era la más hermosa pese a su estado. Llevaba un anillo de esponsales, mas por casualidad me di cuenta de que la otra mujer tenía la huella que queda de llevar un anillo durante años, pero ella no lo llevaba y me contaron que era soltera. Pasaron las semanas, yo la atendí y al fin llegaste tú. Me entregaron sus certificados de matrimonio y no tuve ningún problema para oficializar el natalicio. Eras la hija de monsieur y madame Lignée; no obstante, yo intuía que algo raro ocurría. Pasó el tiempo y olvidé a aquel matrimonio y a la hermana soltera que habían llegado al pueblo para dar a luz, pretextando que aquí había mejores aires.

—Pero, si dice que mi madre era la esposa de monsieur Lignée, es decir, mi padre...

—Aguarda, muchacha. En una ocasión fui a París; no iba frecuentemente, pero sí alguna vez que otra. El caso es que en casa de un amigo me encontré a una maravillosa pianista. Tenía los ojos tristes y me dijeron que se llamaba Etoile Pierre.

—¿Etoile, como yo?

—Sí. El caso es que en el momento de inscribirte prefirieron darte el nombre de la tía. Me extrañó ese detalle, pero así se hizo por voluntad expresa de la mujer que te dio a luz, es decir, la maravillosa pianista.

—Todo parece un poco confuso, ¿no?

—Aguardé a que dejaran de acosarla y al fin, ella me reconoció —prosiguió el viejo, reviviendo sus recuerdos—. Le pedí que fuéramos a algún café a tomar algo a solas y ella aceptó. No me costó mucho que confesara, estaba triste. Ella no participaba de la alegría que había en torno suyo. Era una mujer maravillosa que nunca estuvo casada con monsieur Lignée.

—¿Era mi tía?

—Según los documentos, Etoile Pierre era tu tía, pero en realidad era la mujer que te había dado a luz.

—¿Quiere decir que mi madre y mi tía cambiaron sus respectivas documentaciones en este pueblo para que la mujer embarazada apareciese como esposa de mi padre?

—Así es y, por supuesto, monsieur Lignée no era tu padre. El matrimonio Lignée, los que oficialmente pasaron a ser tus padres, no podían tener hijos por esterilidad del marido, según me contó Etoile. Habían visitado a muchos médicos inútilmente y un día, apareció en sus vidas la hermana de ella, Etoile, que estaba en problemas. Se había enamorado de un solista de piano, un hombre magnífico en opinión de tu madre. Ella no quiso cortarle alas confesándole que iba a tener un hijo suyo y le dejó escapar para que triunfara por el mundo, sin decirle una sola palabra.

—No sé si pensar que lo amaba mucho o poco.

—Lo amaba mucho, puedo asegurártelo. Como decía, Etoile recurrió a su hermana mayor y ésta le propuso cuidar del niño que naciera, siempre que pasara como hijo suyo. Etoile, tu madre, aceptó. Después de todo, ella era su hermana y cuidaría bien del niño que naciera. Vinieron a Pont-l’Abée cambiándose las documentaciones; se parecían tanto de cara que les fue fácil hacerlo. Naciste tú, una niña. Recuerdo que monsieur Lignée hubiera preferido un niño, pero aceptó la situación al ver que las mujeres parecían contentas. Era ya padre sin serlo realmente.

—Y usted, que lo sospechaba, ¿no quiso descubrirlo?

—Pensé que si ellos deseaban que la hermana casada se quedara con la criatura, sería mucho mejor para la niña y si era una decisión tomada por la propia madre, ¿quién era yo para cambiarla? —suspiró el anciano.

—Etoile, mi verdadera madre, la profesora de piano, ¿volvió a saber del que era realmente mi padre?

—No, no supo de él o no quiso volver a saber. El caso es que un día se enteró de una terrible tragedia: Tus padres adoptivos habían muerto en el mar, al incendiarse el barquito en el que navegaban.

—Es cierto, así fue.

—Fue una muerte muy extraña, pero nada se aclaró y se dijo que fue un incendio fortuito. El caso es que Etoile quiso recuperarte; yo mismo la acompañé a Ville Angelic v allí vimos a ese hombre que según las leyes es tu tío. Etoile le explicó lo que había pasado y que deseaba recuperar a su hija. El se negó en redondo y dijo que la ley le había otorgado a él la tutoría de su sobrina. No quiso entrar en razones, fue ciertamente desagradable. Etoile, tu madre, sufrió mucho, pero el día en que cambió sus documentos para protegerte, había perdido todos los derechos sobre ti. Hubiéramos podido empezar a buscar abogados, pero ella estimó que era preferible no hacerte sufrir a ti. Jamás se rehízo ya de aquel golpe, se fue apagando, apagando. Un día cogió un resfriado y pese a los medicamentos, el resfriado pasó a bronquitis y ésta se complicó en bronconeumonía, se apagó del todo. No

reaccionó a los medicamentos. En realidad, ella, deseaba morir, ya no tenía interés por la vida —explicó el viejo, humedeciéndosele los ojos hasta el punto de que dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas surcadas por infinitas arrugas, pero cuidadosamente rasuradas.

—Habla de ella como si la hubiera amado mucho —dijo Etoile con un nudo en la garganta.

—Sí, la amé mucho. Ella agradeció mi amor pero no podía amarme. Si pudiera levantarme, os acompañaría al cementerio y os mostraría su tumba. Es hermosa, y aunque no puedo ir siempre, me ocupo de qué haya flores cada lunes. Si las pongo el domingo, algunos se las llevan para sus propios muertos. Es una estupidez, pero yo las quiero todas para ella —dijo secándose las lágrimas con el dorso de la mano, llorando ahora sin vergüenza alguna ante los jóvenes.

—Deseo ver la tumba —dijo Etoile.

—Si lo hacéis, ponedle alguna flor de mi parte.

—Lo haremos, doctor, lo haremos —suspiró la muchacha.

—Ahora, será mejor que nos marchemos —propuso Denis—. El doctor está fatigado.

—Sí, claro —aceptó Etoile, también al borde del sollozo.

—Un momento. Muchacho, coge esa caja de cassettes y dásela a Etoile.

Sobre un estante había una caja conteniendo doce cintas cassette. Etoile la tomó de las manos de Denis y miró al médico, interrogante.

—Encontrarás la voz de tu verdadera madre y sus interpretaciones al piano de diversas piezas. Yo las paso muchas veces; no te preocupes por mí, tengo copias.

—Gracias, doctor, muchas gracias.

Salieron de la casa. Era de noche y se dirigieron al hotel para cenar algo. Denis dijo entonces:

—Hay algo que se ha descuidado o ha preferido no decirte.

—¿El qué, Denis?

—Que cuando encontró a tu madre en París, le ofreció su protección. El ya era viudo y tenía un hijo en la universidad. El caso es que Etoile aceptó casarse con él. La cuidó todo lo que pudo y ella se lo agradeció, pero el doctor no logró quitar la tristeza de! cuerpo de tu madre pese a su gran y resignado amor.

Etoile ya no pudo más y estalló en un violento sollozo, buscando su cabeza refugio en el cuerpo de Denis.

Lloviznaba finamente sobre el cementerio cuando colocaron en la tumba de la madre de Etoile un gran ramo de flores. Todo estaba verde en derredor y el recinto ofrecía una gran sensación de paz.

—¿Crees que me oirá si le hablo?

—Allá donde esté, podrá oírte, Etoile.

La joven vaciló. Con labios temblorosos, dijo:

—Mamá, no te conocí, pero me hubiera gustado mucho estar contigo y con

el doctor...

Con la voz rota, Etoile musitó una oración mientras Denis la protegía con el paraguas.

Regresaron al coche y se pusieron en camino rumbo a Ville Angelic mientras en el radio-cassette del automóvil se escuchaba una voz desconocida para ambos pero que rápidamente se les hizo fraternal:

—«Ahora voy a interpretar la Polonesa en Mi Bemol de Chopin...»

Comenzó a escucharse la música de piano que inundó el interior del CX Prestige mientras rodaban sobre el asfalto húmedo de la N-785.

Los limpiaparabrisas, de forma monótona, barrían las gotas de agua que empapaban el cristal.

CAPITULO XII

—¿Venir con nosotras a pasear? —le propuso Helga con su pésimo francés.

—Sí, pasear es bueno —apoyó Lovia.

Las dos gemelas noruegas, altas y fuertes, le sonreían. Denis Rasoir la había dejado al cuidado de ellas mientras resolvía unos asuntos de los que no había querido dar explicaciones.

—Sí, será bueno pasear un poco con vosotras.

—Dicen que más al norte ser playa bonita.

—Lo es, pero está cerca de la mansión.

—¿Tu casa? —preguntó Helga.

—Bueno, vamos —aceptó Etoile resuelta. Tras haber comido y dormido, sé sentía mejor, más recuperada.

Sola no se hubiera atrevido a deambular por la villa en la que tantas cosas habían sucedido en los últimos días, pero acompañada de las dos noruegas se sintió como protegida.

Abandonaron la pensión para tomar una calle que conducía a la playa y luego anduvieron en dirección norte, como dirigiéndose hacia el monte sobre el cual se afincaba la mansión de los Lignée, aquella casa tétrica en la que había pasado toda su vida a excepción del tiempo que permaneciera en el internado.

Las dos noruegas caminaban con paso elástico, no hablaban, y a Etoile le agradó porque no tenía deseos de charlar. Se alejaron de las casas y pasaron entre grandes barcas. La tarde era agradable y un sol mortecino se hundía por el este, desaparecía como sumergiéndose en las aguas.

Etoile se sentía como protegida por Denis y sus amigos, pero se llevó una desagradable sorpresa cuando, al rebasar una gran barcaza varada en la arena, Helga la empujó contra la embarcación, sujetándola.

—¿Qué haces?

Lovia sacó una cuerda de un bolso y Etoile sintió miedo. Quiso zafarse, pero no lo consiguió. Aquellas muchachas sabían luchar y la sujetaron dolorosamente. Mientras una la aguantaba, la otra comenzó a ligarle las manos a la espalda.

—¡Soltadme, soltadme! ¿Qué queréis?

Le pusieron un amplio esparadrapo en la boca, cubriéndosela de este modo. Se vio sujeta, atada y amordazada. Las dos muchachas gemelas esperaron y no tardó en aparecer la berlina cerrada de los Lignée, jalada por el maduro pero fuerte caballo tordo.

Etoile se estremeció aterrada al ver avanzar el carruaje hacia la barcaza, pues cerca había un camino que usaban las camionetas para descargar las barcas de pesca.

Intentó escapar sin conseguirlo; las dos noruegas, una situada a la derecha

y la otra a la izquierda, la inmovilizaron firmemente.

La berlina se detuvo, se abrió la portezuela y apareció Víctor Lignée. Sonreía satisfecho, seguro de sí mismo. Las dos muchachas nórdicas le miraron y él, con la mano, señaló el interior de la berlina.

Etoile se vio empujada a la fuerza hacia el interior del carruaje y Víctor Lignée dijo entonces:

—No hagas que te golpee; estáte quieta o tendré que castigarte con severidad, y tú sabes bien que puedo hacerlo. No creas que ahora aparecerá tu amigo el de la moto para rescatarte.

Etoile le miró aterrorizada, pero sentada dentro de la berlina comprendió que no podía escapar.

Víctor Lignée se situó frente a las dos gemelas noruegas, mirándolas alternativamente a los ojos mientras movía los dedos delante de sus rostros.

—Habéis cumplido muy bien mis órdenes. Ahora marcharéis a la carretera general y allí vais a regresar a París. No recordaréis nada de lo que ha ocurrido, nada, nada.

Las dos muchachas noruegas respiraron profundamente y con su habitual paso elástico se dirigieron a la carretera para hacer auto-stop, lo que no les costó demasiado.

Subieron a la cabina de un camión cuyo conductor se puso muy contento al verlas. Las chicas sólo le hablaron en noruego y el hombre no entendió absolutamente nada, pero no le importaba; las dos jóvenes eran espléndidas, de piernas largas y carnes prietas.

Víctor Lignée, conduciendo su berlina, tomó el camino de la mansión. Ascendió por él hasta detenerse frente a la casa. Raquel salió a recibirles cuando ya oscurecía y comenzaba a faltar la luz.

—¿La has encontrado?

—Sí, claro que sí. ¿Hay alguien cerca?

—No; los porteros están absortos mirando su maldita televisión.

—Llama a Jean; llevaremos a Etoile a su cuarto.

Raquel desapareció durante unos momentos. Reapareció con su hijo que al ver a Etoile amordazada y atada, rió satisfecho.

—¡Ha vuelto, ha vuelto!

—Deja de hablar y ayuda; hay que llevarla a su habitación —le ordenó Víctor Lignée, tajante.

Sacaron a la joven del carruaje, aun contra su voluntad. Etoile fue empujada escaleras arriba, introducida en su dormitorio y volcada sobre su propia cama.

—¿Piensas retenerla a viva fuerza? —preguntó Raquel, dubitativa.

—Primero hay que hacer que entre en razón; después, ella misma será la que no se atreva a marcharse. Ahora, dejadme solo con ella.

—¿No podemos estar presentes? —inquirió la mujer.

—¡No, fuera!

Contrariados, madre e hijo salieron del cuarto y cerraron.

El pasó el cerrojo y se volvió hacia Etoile, acercándosele lentamente.

—Ahora vas a mirarme a los ojos. Tengo que decirte unas cosas muy interesantes.

Etoile cerró los ojos .para no dejarse influenciar por la subyugante mirada de su tío.

—Abre los ojos, tienes que obedecerme, tienes que obedecerme...

Etoile se negó a abrirlos y su tío la abofeteó, lo que no solía hacer. Estaba nervioso y parecía tener prisa.

—No quieres obedecerme pero es lo mismo, estás bajo mi poder. Te han hecho creer que no eres una Lignée, pero eres una bruja, sí, una bruja porque yo quiero que lo seas. Acudirás a los aquelarres y Belcebú te gozará tantas veces como lo desee. Eres una bruja, sí, una bruja y te quedarás en esta mansión para dar descendencia a los Lignée. Ya sé que mi hijo Jean es un cretino, pero servirá para dar oficialidad a tu maternidad. Tú me darás hijos y así seguirán siendo Lignée, Aunque a mis propios hijos tenga que llamarles nietos, no importa, lo que importa es que llevan la sangre de los Lignée...

Etoile nada podía responder. Continuaba con la boca amordazada y los ojos cerrados para resistirse al hipnotismo con que su tío pretendía dominarla.

Víctor Lignée fue hacia la cómoda y tomó el tarro oscuro que contenía aquella jalea maloliente y oleosa que Etoile conocía bien. Se acercó a la muchacha y dijo:

—Hay muchas formas de narcotizarse. Fumando drogas, aspirándolas, tragándoselas hacia el estómago, inyectándoselas y ésta tan sugestiva que se atribuye a las brujas del medievo. Este ungüento se aplica a las zonas del cuerpo donde hay más riego sanguíneo, en las zonas erógenas, y a través de la piel se absorbe con mucha facilidad. Entonces, la mente se libera y sale volando, volando...

Ante el terror de la joven, Víctor Lignée comenzó a desabrocharle el vestido, botón a botón, en busca de su piel suave y hermosa.

CAPITULO XIII

Denis Rasoir no podía dar crédito a lo que estaba viendo.

Junto al camión estaban los gendarmes de carretera y el mismísimo comisario Decanié que se interesaba por los más mínimos sucesos que ocurrían en la villa, por si tenían alguna relación con lo que estaba investigando.

—No lo comprendo, ha salido por el camino lateral.. Ha cogido velocidad y pese a que he tratado de esquivarlo, ha venido contra mí. Les juro que ha sido así, ellas lo pueden atestiguar —dijo el camionero señalando a las dos chicas noruegas.

—No se preocupe, investigaremos si ha bebido —repuso el comisario Decanié.

Denis objetó sombrío:

—Mi amigo no era un borracho.

—Es increíble, increíble lo que ha hecho —se lamentaba el camionero mesándose los cabellos.

—¿No iría usted distraído con las chicas? —le preguntó uno de los guardias.

—¡Les juro por mi madre que no! Hace muy poco que las he recogido, ellas pueden atestiguarlo, pregúnteselo.

El comisario Decanié se encaró con las muchachas nórdicas.

—¿Es cierto lo que dice el camionero? De todos modos, lo que digan ahora tendrán que testificarlo luego en gendarmería.

Lovia y Helga comenzaron a hablar en noruego y al mismo tiempo, como si fueran dos muñecas a las que hubieran activado las pilas al unísono.

—Oiga, ¿usted las entiende? —preguntó el comisario a Denis.

—No, no entiendo el noruego, pero ellas saben hablar francés.

—Pues no lo parece —se quejó el comisario.

Tras ver el cadáver de Maurice, la forma tan lamentable en que había quedado al chocar de frente con su furgoneta contra el camión, se acercó a las dos muchachas y les habló:

—En francés, por favor.

Ambas respondieron en noruego. Un oficial de gendarmería observó:

—Parecen como hipnotizadas; es como si el susto...

—¿Hipnotizadas? —repitió Denis. Entonces, muy preocupado, inquirió—: ¿Y Etoile?

Ellas volvieron a responder en noruego.

—¿Qué les pasa?

—Están hipnotizadas y me temo que en esto tiene mucho que ver ese Víctor Lignée. Hasta puede que mi amigo Maurice también estuviera hipnotizado... ¡Maldita sea! —Saltó sobre su moto, poniéndola en marcha.

—¡Eh, espere! —le gritó el comisario.

Pero ya Denis se alejaba a toda velocidad con su potente motocicleta de trial.

Llegó al camino del bosque y dando saltos, como subido a un caballo saltador, brincó monte arriba, dándole el máximo de gas a la CZ checa.

Subió al porche con la propia moto. Allí estaba la berlina y el caballo se asustó ante el estruendo de la CZ. Denis desmontó.

Empujó la puerta que solía estar abierta, pues nadie entraba allí más que sus propietarios y los empleados. Se metió en la casa y apareció el cretino de Jean.

—¿A qué has venido? ¡Etoile es nuestra!

—¿Dónde está Etoile?

—Arriba, en la habitación, con mi papá.

—¡Jean, estúpido! ¿Por qué se lo dices? —increpó Raquel.

Denis corrió escaleras arriba. Jean trató de cogerle, pero recibió una patada en la cara con las botas de moto cross que calzaba Denis. Fue contra el suelo, sangrando, mientras Denis continuaba escaleras arriba

—¡Deténgase, deténgase! —chillaba Raquel.

Denis vio luz por debajo de una de las puertas y se encaró con ella sin pensarlo dos veces. Trató de abrirla forcejeando con el pomo; se le resistió y entonces cargó con su cuerpo, cogiendo empuje antes. El cerrojo saltó, abriéndose la puerta violentamente.

Denis irrumpió en la estancia gritando:

—¡Quietooo!

Víctor Lignée estaba junto a la cama en la que yacía Etoile, atada y amordazada, con el vestido entreabierto. Víctor Lignée tenía el fatídico tarro en la mano y Denis se le acercó con una actitud que no gustó a Lignée.

—¡Fuera, fuera de mi casa, fuera, llamaré a la policía!

—¡Eso es lo que haré yo, asesino!

Víctor Lignée le arrojó el frasco a la cabeza. Denis se ladeó y gracias a que llevaba el casco de motorista puesto no recibió un desagradable golpe. El tarro, sin romperse, cayó al suelo.

Víctor Lignée intentó huir; Denis se abalanzó sobre él asestándole una serie de puñetazos que le derribaron. Víctor Lignée acusó entonces sus años y quedó tendido en el suelo, boca arriba.

—¡Eres un maldito, brujo asesino! —masculló Denis.

Viendo el tarro de ébano en el suelo, perdiendo parte de su contenido, lo tomó en su mano y comenzó a verter aquel ungüento maloliente en la boca de Lignée, sin saber que era el diabólico resultado de una maceración de opio, belladona, betel, beleño negro, flor de cáñamo y otros estupefacientes que provocaban una extraordinaria exaltación mental.

Víctor Lignée trataba de rechazarlo con la lengua; Denis le cogió entonces la nariz y se la apretó impidiéndole respirar. De esta forma, Lignée comenzó a tragarse el ungüento.

Denis se apartó de él y se acercó a Etoile cuando Raquel entró en la

habitación. Llevaba en su mano un gran cuchillo con el que intentó agredir a Denis. Este evitó las cuchilladas y con un empujón lanzó a la vieja sobre su marido, que seguía lamiéndose la boca en la que quedaban restos de aquella porquería salida de maldito tarro de ébano.

Denis le quitó el cuchillo y con él liberó las ligaduras de Etoile. Le arrancó el esparadrapo y le abrochó el vestido. La joven estaba medio narcotizada cuando irrumpió en la estancia el comisario Decanié.

—¿Qué ha pasado aquí?

—Estaban narcotizando a la muchacha; ésa es la forma de hacer brujería de ese viejo del diablo. Hipnotizando a su víctima, le hacía creer que cometía horrendos asesinatos. Les explicaba detalladamente la forma en que él iba a cometerlos y sus víctimas, narcotizadas e hipnotizadas, en su delirio creían que realmente mataban.

Víctor Lignée se puso en pie y comenzó a reír y a gritar. El efecto del ungüento diabólico lo tuvo en su propio ser, pero de una forma fantástica. Corrió hacia la ventana abierta y se lanzó por ella como volando.

Los gendarmes corrieron hacia la ventana y quedaron mudos de asombro.

—¡Comisario! —exclamó uno de ellos.

—¿Qué pasa?

—¡Ha desaparecido! —dijeron—. ¡Es como si se hubiera esfumado!

—No puede ser, estará abajo.

—Teníamos que haberlo visto caer —objetaron los gendarmes.

—¡Que revisen el acantilado, hay que encontrarlo: —ordenó el comisario Decanié.

—¡Víctor, Víctor! —comenzó a sollozar Raquel, trémula e histérica.

* * *

París estaba frente a ellos, al otro lado del cristal parabrisas.

—Ahora entraremos en el Périphérie, da vuelta a toda ciudad y podremos escoger para adentrarnos en París la puerta de las Lilas.

—Lo que tú digas, Denis —aceptó Etoile,

—Comenzarás una vida nueva. Ya sabes que no hiciste ningún crimen, todos los cometía tu tío, bueno, ni era tío siquiera. Tú, narcotizada, vivías lo que él te contaba para que te sintieras culpable y así esclavizarte. Además, si en alguna ocasión la justicia lo acusaba y le pedía cuentas siempre podría culparte a ti o a su propia mujer, a la que hizo creer que había matado a tus padres adoptivos, cuando en realidad debió ser él el asesino.

—Pero ¿en qué forma perpetraba sus crímenes?

—No se sabe con exactitud y habiendo desaparecido, nunca se sabrá bien del todo. En su mansión se encontraron muchas llaves que correspondían a las cerraduras de las casas de las gentes de Ville Angelic, se ignora cómo fue sacando los moldes. El caso es que tenía las llaves y debía penetrar en las casas. Lo cierto es que jamás se sabrá con exactitud y tampoco se ha

encontrado su cuerpo en el acantilado.

—¿Crees en la brujería ahora?

—No —suspiró Denis—, pero cuando pienso en ese ser tan extraño y su insólita desaparición, no sé, no sé... —Estiró el brazo para rodear el hombro de Etoile y pidió—: Olvidémoslo, no pienses más en los Lignée. Ya no perteneces a esa familia, aclarada tu verdadera identidad gracias al doctor de Pont-l'Abée. Ahora eres madame Rasoir, bueno, mejor eres Etoile, eso de madame te carga demasiados años y tú eres joven, muy joven.

Se metieron en el cinturón periférico de París donde el tráfico era abundante y su fragor devoraba todos los misterios insondables que podían traer consigo.

FIN